

# LOS PENSADORES



MAGDALENA

**CONTIENE ESTE NUMERO:**

Redacción, AL MARGEN; Leonidas Barletta, A PROPOSITO DE UNAS NOTAS SIN TRANSCENDENCIA; Luis G. Urbina, HECHICERIA; Valentín García Saiz, SALVAJE; Juan Ferro, FRANCO; Roberto Mariani, PROLOGOS y DEDICATORIAS; S. Rodríguez Casanova, LOS ISRAELITAS EN EL DESIERTO; Julio Fingerit, GLOSA DEL IOM KIPUR; Basilisa Fernández de Lambiasso, LA MORAL Y LOS CODIGOS; Varios, ANTOLOGIA DE POETAS URUGUAYOS; Remy de Gourmont, ORACIONES PERVERSAS; AVISO FUNEBRE DE "MARTIN FIERRO"; Alvaro Yunque, JUEZ JUSTO; Alberto S. Diehel, EN TORNO A "MARTIN FIERRO"; J. C. Rodríguez Prous, NOTAS DE MONTEVIDEO; Ricardo A. J. Bernardoni, COMENTARIOS SOBRE ARTE; Julio Ricardo Egula, LA RELIGION DEL PORVENIR; N. Bonamasa, CON 33 A LA SOMBRA O DAVID PEÑA Y SU TIGRE; J. Salas Subirat, MARINETTI; Ricardo Wagner, UNA VISITA A BEETHOVEN; BIBLIOGRAFIA, etc.

Año V — N. 119 — 20 cts.

# EDITORIAL CLARIDAD

## Suplemento del catálogo de obras en existencia

### LIBROS Y PUBLICACIONES DIVERSAS

Barletta, Leonidas.—Canciones Agrías . . . . .	1.—
Barletta, Leonidas.—Los vientos trágicos	1.—
Borghì, Armando.—La Italia tra due Crispi	1.50
Bravo, Mario.—Canciones y Poemas (edi-	
ción papel pluma) . . . . .	1.—
Castelnuovo, Elias.—El monstruo . . . . .	0.20
Dicenta, Joaquín.—El minero . . . . .	0.20
Fabbri, Luis.—Dictadura y Revolución . .	2.—
Faure, Sebastián.—Los Anarquistas . . . .	0.10
Fernández Espiro, Diego.—Poesías Com-	
pletas . . . . .	1.00
Fischer, M. y A.—Cuentos de Francia . . .	1.—
Grubber, Max von.—La higiene en la vida	
sexual . . . . .	0.30
Justo, J. B.—Socialismo . . . . .	1.—
Malatesta, E.—Au café . . . . .	1.—
Marx, C.—El Capital (trad. por Justo) . .	4.—
Noja Ruiz, Higinio.—Los Sombrios . . . .	1.—
Rocke, Rodolfo.—Artistas y rebeldes . . .	1.80
Rolland, Romain.—Vida de Miguel Angel	
Rolland, Romain.—Vida de Mahatma Gan-	
dhi . . . . .	1.—
Rolland, Romain.—Vida de Tolstoi . . . .	1.—
Stanchina, Lorenzo.—Desgraciados . . . .	0.50
Stanchina, Lorenzo.—Brumas . . . . .	0.50
Tagore, Rabindranath.—Pájaros perdidos	
Unamuno, Miguel de.—Los ideales de mi	
vida . . . . .	0.20
Uncal, José María.—Los poemas cantá-	
bricos . . . . .	1.—
Kropotkine, Pedro.—La Gran Revolución	
Drauger, William.—La Vida Sexual . . . .	1.50
Hardy, G. Dr.—Medios para evitar el em-	
barazo . . . . .	2.—
Nietzsche, F.—Así hablaba Zaratrusta . .	1.—
Urales, Federico.—Sembrando flores . . .	0.30
Muller, J. P.—Mi sistema . . . . .	0.50
Francee, Anatole.—La isla de los Pingüinos	
Barcos, Julio R.—Libertad sexual de las	
mujeres . . . . .	0.40
Flammarion, Camilo.—Urania . . . . .	1.50
Blasco Ibáñez, V.—Sangre y Arena . . . .	0.50
Hernández, José.—Martin Fierro . . . . .	0.20
Francee, Anatole.—Escritos Póstumos . . .	0.40
Fulginiti, Juan B.—Trovas al pueblo . . .	0.20
Kropotkin, Pedro.—Ética . . . . .	2.50

### LOS POETAS

Antología de versos para niños . . . . .	0.20
Baudelaire, Carlos.—Las flores del mal . .	0.20
Becquer, Gustavo Adolfo.—Rimas . . . . .	0.20
Birón, Lord.—Poesías selectas . . . . .	0.20
Bravo, Mario.—Canciones y Poemas . . . .	0.20
Bufano, Alfredo R.—Misa de réquiem y	
otras poesías . . . . .	0.20
Calou, Juan P.—Poemas Póstumos . . . . .	0.20
Carducci, Josué.—Nuevas Rimas . . . . .	0.20
Carrere, Emilio.—Los ojos de los fantas-	
mas . . . . .	0.20
Carriego, Evaristo.—Misas Herejes y Poe-	
Cervantes.—Versos del Quijote . . . . .	0.20
mas Póstumos . . . . .	0.50
D'Annunzio, Gabriel.—Poesías líricas . . .	0.20

De Diego, Rafael.—Las angustias . . . . .	0.20
Espronceda, J. de.—Selección de Poesías .	0.20
Gabriel y Galán, J. M.—Nuevas castella-	
nas . . . . .	0.20
Goethe.—Poesías líricas . . . . .	0.20
Heine, Enrique.—Poesías . . . . .	0.20
Herrera y Reissig, Julio.—Las lunas de oro	
Hugo, Víctor . . . . .	0.20
Dante Alighieri.—Poesías de Amor . . . .	0.20
Mistral, Gabriela.—Selección de Poesías .	0.20
López, Luis C.—De mi villorrio y Postu-	
ras Difíciles . . . . .	0.20
Machado, Manuel.—Caprichos . . . . .	0.20
Issaacs, Jorge.—Poesías completas . . . .	0.20
Maturana, José de.—Las fuentes del ca-	
mino . . . . .	0.20
Poe, Edgar Allan.—Poesías completas . . .	0.20
Santos Chocano.—Alma América . . . . .	0.20
Silva, José Asunción.—Poesías completas	
Silva Valdés, Fernán.—Agua del tiempo .	0.20
Stechetti, Lorenzo.—Póstuma . . . . .	0.20
Verlaine, Paul.—La Buena canción . . . .	0.20
Villaespesa, Francisco.—Viaje sentimental	
Carriego, Evaristo.—Misas herejes . . . .	0.20
Guerra Junqueiro.—La muerte de D. Juan	
Martí, José.—Versos libres . . . . .	0.50
Méndez, Gervasio.—Poesías completas . .	0.20
Musset, Alfredo de.—Poesías . . . . .	0.20
Mármol, José.—Poesías escogidas . . . .	0.20
Núñez de Arce, G.—Poesías y Poemas cor-	
tos . . . . .	0.20

### BIBLIOTECA CIENTIFICA

Alba y Giménez, Dres.—La prostitución . .	0.20
Climent, T. R. Dr.—Higiene sexual del sol-	
tero y de la soltera . . . . .	0.20
Dupuy, R. Dr.—La vida sexual . . . . .	0.20
Escalante Escandón, Dr.—El Amor Fe-	
cundo . . . . .	0.20
Escanciano, J. J.—La radiotelefonía vul-	
garizada . . . . .	0.20
Flammarion, Camilo.—La Ciencia . . . . .	0.20
Flammarion, Camilo.—La muerte y su mis-	
terio . . . . .	0.20
Forel, Augusto Dr.—Ética sexual . . . . .	0.20
Forel, Augusto Dr.—Historia de la vida	
sexual del hombre y del matrimonio . . .	0.20
Fournier y Bloch, Dres.—La sífilis . . . .	0.20
Gámbara, L. Dr.—Historia de la doctrina	
natural . . . . .	0.20
Kuhne, Luis.—¿Estoy sano o enfermo? . .	0.20
Lacassen, C.—Impotencia y Esterilidad se-	
xual . . . . .	0.20
Romero, L. D. Dr.—¿Es contagiosa la tu-	
berculosis? . . . . .	0.20
Rosch, Dr.—Higiene del matrimonio . . . .	0.20
Sánchez de Rivera, D. Dr.—Profilaxis de	
las enfermedades sexuales . . . . .	0.20
Sighele, Ezequiel Dr.—La mujer y el niño	
Sirlin, Lázaro Dr.—Hacia la cultura sexual	
Sommer, Luis.—Cómo se evitan los peli-	
gros de la lujuria . . . . .	0.20
Suárez Casañ, V. Dr.—Fenómenos sexuales	
Tairens Drangs, E. Dr.—La mujer en el	
amor y la voluptuosidad . . . . .	0.40

## AL MARGEN

### Leopoldo Lugones, comerciante en armas

Cuando el aeda Lugones en mala hora fué a Europa con cargo de una representación intelectual más o menos hispano-americana ante la Liga de las Naciones, nos mandó luego acerca de ello una noticia que le era motivo de orgullo y que quisiera él nos enorgulleciese a nosotros; en el seno de la comisión intelectual de la Liga había saludado el filósofo Bergson, elogiándolo al mismo tiempo que al sabio Einstein.

El propio Lugones se empeñó en asegurarnos que le era muy honroso compartir tales alabanzas con el eminente hombre de ciencia. A todos nos movió a sonreír con indulgencia la vanidad de nuestro macarrónico filósofo. Es una vanidad de hombre de color que se satisface con las cuentas de vidrio de la lisonja convencional. Volvió el señor Lugones de Europa; de sus trabajos en el seno de la comisión intelectual ninguna noticia nos ha dado hasta acá; pero sí muchas acerca del estado efectivo de guerra que prevalece en Europa y de la insuficiencia o mala fe de los que allá deberían procurar la paz.

En su libro: "La organización de la paz", nos dice acerca de cómo allá siguen organizando la guerra. El tono de Lugones es de reproche y de airada acusación. Pero es un tono falso. Lo que nos dice en muchas palabras podría resumirse en estas pocas: en Europa continúa prevaleciendo el funesto espíritu de competencia armamentista que provocó la catástrofe de 1914.

Los estados de industria más poderosa — continúa el vate Lugones — son los más poderosos en la guerra y en la influencia política, porque todo establecimiento industrial (especialmente los de trabajos químicos y las usinas) pueden ser convertido en fábrica de guerra.

La industria es así otra amenaza, un arma, una fuente de riqueza y un instrumento de dominación; dirige la política, suscita la guerra y la hace duradera. Después de esto, a todos nos ocurrirá pensar que Lugones nos aconseja evitar tales achaques de la vieja Europa. Pues nada de eso sucede; antes al contrario Lugones, por una peregrina inconsecuencia, nos recomienda que nos armemos a imitación de los europeos. No se sabe qué pensar de tal actitud. Es con toda evidencia de una torpeza insuperable. Nos dice primero que es en vano comprar armas, si no se poseen industrias químicas y usinas, porque las armas envejecen cada cinco años, porque la industria general aplicada a la guerra produce incesantemente innovaciones que anulan a plazo fijo la eficacia de todo instrumento o procedimiento bélico precedente; no obstante ello, más luego dice con igual firmeza que compremos armas porque quien está armado es más fuerte, porque tenemos petróleo

que codician Gran Bretaña y E. Unidos, puesto que todas las guerras próximas de importancia mundial vendrán por la conquista que de las fuentes de petróleo intentarán los estados poderosos. Así parece haberse olvidado de lo que nos advirtió antes: que las armas envejecen cada cinco años, y que la potencia de los grandes estados no reside en las armas que de momento tienen sino en los instrumentos e inventos bélicos que pueden ir creando con peligrosa originalidad científica en los establecimientos químicos y en las usinas que mantienen en constante actividad.

¿Para qué habríamos de comprar armas si cada cinco años envejecen? ¿Será capaz Lugones de responder a esto: que también los fabricantes de armas necesitan vivir?

No será capaz porque Lugones no es un cínico, sino un botarate; no es un valiente, sino un farsante.

Con las recomendaciones de Lugones están de parabienes los fabricantes de armas que tienen gran cantidad para vender en esta América del Sur, donde hay hombres de color a los cuales se les tolera que conspiren contra la paz y escriban sin que nadie les conteste las cosas que escribe el primer filósofo de Buenos Aires y Bahía Blanca, el negro Leopoldo Lugones.

Por fortuna, entre nosotros, no tienen popularidad los hombres de color. Estos hombres, para redimirse del pigmento con que nacieron imitan furiosamente todo lo propio de los hombres blancos, y como todos los imitadores prefieren los vicios porque esto es lo más fácil de imitar. Pero la población blanca de este país, que trae en la sangre siglos de vida europea y que ha dejado atrás esta vida hace una generación por lo menos, no hace caso de tales imitaciones porque su propósito es justamente rehacer en América la cultura blanca sin las taras que en Europa la corroen.

### Uno que se las trae . . .

E. M. S. Danero (debió llamarse *nadero*) ha conseguido editar una revista, bien presentada por cierto, titulada *Danerías* (debió llamarse *naderías*).

Esto no tendría mayor importancia en nuestro ambiente donde sale un "Martín Fierro", que se funde cuando sus colaboradores consiguen publicar en un gran rotativo. Pero es el caso que esta revista nos presenta un escriba atacado de vanidad furiosa, un mal novelista que se hace reclamar y un mediocre traductor que se las quiere echar de filósofo.

Empieza diciendo que aprendió de Hocks sus *naderías* y todos sabemos que el tal Hocks es un pillete que estafó a medio Buenos Aires con las suscripciones vitalicias del *Magazine*, que reapa-

reció luego como director de la revista *América* y fué para fundirla y fundir a Rafael Ross, su propietario.

¿Qué otra cosa que picardías pudo aprender E. M. S. Nadero de Hocks, que es un pícaro?

Luego, ¿qué originalidad pretende; qué primacía, si nunca ha emitido una idea? ¿Cree Nadero que urdir un cuento largo con un príncipe de protagonista es hacer una novela? ¿Con qué títulos su ignorancia se atreve a decir que el sabio Einstein es un inútil? ¿Acaso porque no le sirve para traducir, como traduce a Knut Hamsun y a Kipling traicionándolos?

Cuando habla de Carmen de Burgos, como de una matrona maternal, se olvida que aquí conocimos a Colombina que ha sido la barragana de dos o tres generaciones literarias en España y sino dígalo Pablo Suero que está enterado.

Haciéndose el humorista, este "humorista de camama" que es Nadero se mete con los judíos. Ignora que si entre los demás pueblos hay alguno humorista — rara avis — el pueblo judío es un pueblo de humoristas. Acaso en su erudición tan cacareada falta el conocimiento de los humoristas del "idisch".

Y conste que el que esto escribe no es judío. Si E. M. S. Nadero dice que los judíos del "gheto" son sucios, ¿acaso no sabe él que los italianos de Nápoles y los del bajo fondo en general lo son en grado superlativo? Pero E. M. S. Nadero sabe que los judíos admiran a Gorki porque admiran a quien representa el dolor, ellos que conocen el dolor. Y piensan en la redención social, que significa redimirse de la suciedad y de la ignorancia.

En cambio, los italianos de la Boca, que corresponden a los judíos del "gheto" son, en vez de revolucionarios, maffiosos.

Todo el humorismo de E. M. S. Nadero, por otra parte, es una copia deformada, burda e infantil de los imitadores franceses de Heine, que era judío. Es que sin querer Danero confiesa su calaña mental cuando confiesa haber salido de un colegio de jesuitas y cuando adula a Pardo, para colaborar frecuentemente en "Caras y Caretas".

Habla de la raza latina y la llama ególatra y megalómana semicivilizada, sin pensar que él es un vivo ejemplo de ello: es un megalómano, inculato y pedante. Por ignorante se mete a editar sus "naderías", donde dice que Visillac es poeta; que Luis García, que es un inútil, un fósil, es gracioso; y esto lo dice a propósito de la antología de Noé — que es otro fósil — a quien le reprocha omisiones cuando debió reprocharle el no haber dejado de hacerlas.

Mal se ha estrenado E. M. S. Nadero. (Nota: las iniciales no quieren decir: "Salud y Radiosol Vegetal"). Empieza mal cepillando el lomo de los amigos bien ubicados y diciendo gansadas en tono doctoral.

Por lo menos, por lo menos, para publicar una revista hay que saber redactar. Y nos tememos que Nadero no sepa más que rebuznar.

Nuestro pésame a la Editorial Tor.

## Un regresar mohino

Antes de partir en excursión al viejo mundo, Manuel Gálvez se decía muy conocido en Europa. Era su estribillo:

—Yo soy muy conocido en Europa. — Y agregaba: — He merecido juicios elogiosos de Paul Valéry y de Larbaud, etc., etc....

Un mal día se fué de excursión a los países por donde corría su fama y comprobó cuánto tiene de malo el engañarse a sí mismo.

Nadie le llevó el apunte al novelista de "Nacha Regules", como no fueran las personas del barco que se enteraron por sus chillidos que era un escritor "muy conocido en Europa". "Yo he merecido, etc., etc."

Parece que en el Cairo le hicieron un reportaje; pero el telégrafo, que registra un resfriado de Carmen de Burgos o de Manuel Ugarte, no trajo ni una noticia del ilustre señor Gálvez. Pudo así pasearse por el mundo el famoso novelista, en el anónimo reconfortante que ya hubieran querido para sí los "plusultrátidas".

Pero esto no le reconfortó a él, que antes fué amargo desengaño. Las notas de viaje que aparecieron en el "Caras" dan una idea de esta contrariedad. No ha visto casi nada, porque no iba para ver, sino para lucir su persona. Para Gálvez, un pueblo era blanco, blanco; otro era triste, triste; en Turquía se bailaba el tango — ¡oh el tango, lo nuestro!! — y en Trípoli se tomaba mate.

Esto es todo lo que ha visto el novelista porteño. Y si en todas partes encontró sus libros es porque los llevaba consigo.

Después de esto: ¿se calmará su furiosa egolatría? ¿Atenuará su enorme vanidad?

Por lo pronto Manuel Gálvez, que decía era muy conocido en Europa, se ha convencido de que ni en su casa lo conocen, a pesar de haber sido traducido a todas las lenguas.

## Una carta

Nuestro compañero Zeitlin ha recibido la carta que reproducimos a continuación y que consideramos de gran elocuencia, tanto por lo que se refiere a la forma como LOS PENSADORES encara la crítica literaria, como a la honestidad de este escritor novel, quien reconoce al juicio hecho de su libro en el número anterior, la imparcialidad necesaria para ser justa y el aliento indispensable a todo hombre bien intencionado. La carta dice así:

"[Isabelino Scornick, saluda cordialmente al buen amigo Zeitlin y agradece vivamente la publicación del juicio en LOS PENSADORES y le encarece haga presente al compañero Salas Subirat que ve de muy buen agrado la forma sincera e inteligente como encará la crítica de su libro; indicaciones y observaciones que no echa en saco roto, por cierto."

3/3/1926.

## :"Crítica" y sus errores

No estamos complicados en la campaña que "La Razón" desvergonzadamente hace a su mayor enemigo. Queremos nada más que señalar a la dirección de "Crítica" algunos errores que podrían subsanarse para contento de sus lectores obligados.

I. En el suplemento para los niños, muy bien hecho, debería suprimirse la historieta de Rojas, que es estúpida y obscena. Eso ya no es para niños. Véase los cuerpos deformes de las mujeres que dibuja, las alusiones picarescas y las palabras arrabaleras que emplea.

II. A pedido general podría cambiarse el disco ese del arrabal, que toca desde hace más de un año el otro Tuñón, exaltando la mugre y la estúpida sensiblería.

III. Podrían suprimirse los reportajes a los poetas que no interesan al público y ponen en ridículo al reportado, como en el caso de Rega Molina.

Nada más, por ahora.

## Lo que no dirá Franco

Después de aturdirnos por espacio de un mes con el ruido de sus méritos fantásticos y de haber sido objeto para que la prensa venal brindara diariamente diez páginas de idioteces, Franco y sus servidores han vuelto a su país, metidos en la cazuela del crucero Buenos Aires. Allí le harán hablar como aquí. Y allí como aquí Franco mentirá a sabiendas, porque su gloria y su personalidad dependen de las mentiras convencionales de esta época en que la gente piensa con el estómago. Franco hará en España el elogio de la Argentina, donde él ha visto todo lo que brilla en medio de una algarabía de fanáticos que se arrastraron a su encuentro y a su paso como turbas de sectarios tras de un dios redentor. Pero Franco no dirá que este país, a pesar de su tan cacareada riqueza, tiene el mayor porcentaje de miseria y de analfabetos. Tampoco se ha de referir a los conventillos de la gran capital, ni a los ranchos y taperas de las grandes campiñas. El no ha visto los pueblos suburbanos levantados con latas viejas y cajones de autos, ni visitó la Boca, ni fué a las fábricas donde las grandes tiendas consumen la vida de nuestras hermanas, que confeccionan en sótanos húmedos y oscuros los trajes finísimos que han de usar las estériles damas de nuestra canallesca aristocracia. Franco no dirá que en este país tan grande ambulan millares de hombres como judíos errantes en busca de pan y de trabajo, ni dirá que son muchos los que no tienen más refugio que el lugar destinado a los escombros. No podrá decir que aquí todos los niños van a la escuela, porque faltan asientos para muchos millares y porque otros, en lugar de ir al colegio, deben ocuparse en vender diarios y lustrar botines para ganar una miserable subsistencia. A sus compinches los militares españoles hará Franco el elogio de sus colegas argentinos, pero no se acordará de decir que en las esferas militares argentinas se ventila un proceso que será tan canallesco como el de Dreyfus al teniente Mórto, por no haberse éste sometido a los repudiados vicios de un invertido amigo de los jefes del cuerpo donde desempeñaba su empleo, y que esa causa indigna la apoya el propio ministro de la Guerra, poniendo tanto empeño en que se hunda al procesado que lo presenta como uno de los tantos "amantes" con que cuenta el invertido escribano Juan White en el ejército argentino.

Y no dirá tampoco que aquí vivimos bajo la inquisición policial, y que mientras los grandes ladrones de los dineros públicos gozan de todos los honores cuyos delitos sólo han existido en la tenebrosa imaginación policial; ni dirá que en presencia de la propia policía se venden las mujeres en subasta pública, como las vacas. Franco no hablará en España de todo esto, ni de los vicios más abyectos y las enfermedades más contagiosas y terribles. Para Franco en este país todo ha sido brillante, mientras es oscuro y tenebroso para el 80 por ciento de la población. Y lo peor de todo será que Franco no dirá la verdad al pueblo español, que está mucho peor que el nuestro.

## Los crímenes del capitalismo

La avaricia capitalista ha querido que muriesen un cenar de seres en las bodegas de un barco en insospechables condiciones de higiene. Y las autoridades se han cruzado de brazos. Pero lo que la justicia no ha hecho con la *Cosulich*, debe hacerlo el pueblo por su cuenta. No en vano se meten como animales mil quinientas personas en un barco que tiene capacidad para trescientas cincuenta. Después nos horrorizamos de los crímenes simples que se cometen a diario, porque no tenemos presente estos bárbaros crímenes de la burguesía. La *Cosulich* debe desaparecer de nuestro país. Es un beldón de vergüenza que todavía se vean sus carteles anunciadores de barcos. Todos los vapores italianos tienen fama de roñosos y mugrientos; pero los de esta compañía ya pasan de los límites.

Traducimos de "L'Italia del Poppolo":

Jariton Grischuck, polaco de Luze (Volinia) dice:

"Es una vergüenza, señor. Nos han puesto en las estibas de tercera clase como si fuésemos animales. Era infernal la fetidez que se respiraba en los camarotes. Imagínese 1.500 personas escondidas en estibas donde se tocaba el techo con la cabeza, toda gente humilde habituada a higienizarse nada más que cuando reciben orden de hacerlo.

No había a bordo ninguna higiene. Cuando la nave partió de Trieste no había sido ni limpiada del viaje anterior.

Durante todo el trayecto no aparecieron ni una vez los encargados de la limpieza. Ni se cambiaron las sábanas. Se dormía con los botines puestos. La alimentación fué desastrosa; ninguno quería comer y así los niños fueron debilitándose: en un mes nuestros hijos despertaban piedad."

Después de esto la compañía *Cosulich* declara que sólo han muerto treinta pasajeros, cuando los deudos hacen subir la lista a 70.

Se comprenderá por qué incitamos al pueblo a que practique una justicia que el gobierno tarda en aplicar.

La *Cosulich* — ¡asesinos! — debe cerrar sus puertas.

## Sarmiento y "La Monarch"

La casa Donnell y Palmer tiene una curiosa idea de la propaganda comercial. Nos recuerda el criterio de esas maestras que en el celo de su patriotismo exacerbado ponen cintitas azules y blancas en los zapatos de sus alumnas. La citada casa tiene un aviso que es un insulto al gran hombre que en su historia cuenta la República. Este gran hombre es Domingo Faustino Sarmiento. Todos sabemos que en nuestra historia todas son figuras de menor cuantía, excepto el extraordinario Sarmiento. Fuera de Sarmiento no hay nada. Ahora bien: la casa Donnell y Palmer lo compara a una máquina de escribir.

De un lado está la figura del genial hombre, del otro hay una máquina de escribir "Monarch". La leyenda reza: *Los progresistas de ayer y de hoy.*

¿Por qué no interviene la comisión municipal que requisó los libros de Zola y prohíbe representaciones de Schnitzler?

El próximo número de

**LOS PENSADORES**

aparecerá el 21 de abril

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

## "La Celda de los Sueños Puros"

de Gabriel D'Annunzio, el gran italiano, poeta y patriota. La extraña historia de su visión y su promesa. La erección de su maravilloso salón. Una velda de leproso, una galería de arte y una cámara de muerte."

Este es el título de una crónica aparecida en el número de enero último del "Strand Magazine", de Londres (Copyright by Helen Gerard), que lleva como acápite esta leyenda: "Una de las maravillas del mundo, descrita e ilustrada por primera vez".

El gran poeta italiano, conocido en todo el mundo civilizado por sus producciones literarias y admirado aún por millones de personas, que nunca han leído una palabra de lo que él ha escrito, por las desparpantes descripciones de su guardarropa, en el que antes de la guerra se guardaba hasta la fabulosa suma de 150 corbatas de gustos diversos, setenta y dos camisas y doce docenas de pares de guantes, para no mencionar gran cantidad de trajes de tintes exquisitos, sombrillas de alto precio, calzoncillos y camisetitas de gustos delicados, zapatos escotados, de lazo, abotinados, de cueros negros, charolados, de color; el hombre admirado por sus originalidades geniales, el ardiente patriota, soldado, aviador, cuya actuación en la última guerra le valió de parte del grande Mussolini el título de príncipe de Monte Nevoso, y hace muy poco la cesión por parte del gobierno italiano del pico mismo del citado monte, que ha pasado así a la propiedad privada de este hombre extraordinario; el comprador de Villa "Cagnacco", confiscada a su propietario alemán cuando Italia entró en la guerra y que D'Annunzio convirtió en un relicario de los héroes de la victoria, presentándola así al Estado que la declaró monumento nacional; el italiano máximo de los gestos de renunciación a las miserias de la vida, el hombre que en la humildad de su retiro envió un mensaje a todos los periodistas comunicándoles que en su quinta tenía buenos perros; Rapagnetta, que ha conseguido hacer saber al mundo más cosas de su persona y de sus originalidades que las que podrían haber descubierto todos los periodistas de la tierra; el poseído de la vieja ciudad de Ferraro que en sus visiones vió a la Sibila de Flandes obsequiándole con "sandalias y una casaca de pelo de camello"; a Elizabeth de Hungría, que le presentó "un cordón para la cintura, un ovillo de lana, una camita con todos sus accesorios"; a Odile de Alsacia, que le ofrendó "un pequeño cofre con su llave y camino de mesa nuevo"; a Judith de Polonia, que le dió "una vasija de lata y un trípode de hierro para sostenerla, con tazas de fresno, cerezo y otras maderas"; y, por último, a Catalina de Siena, cuyo obsequio fué "un libro, una flor y una lámpara de aceite"; (estos obsequios, que se presentaron a D'Annunzio como remedios milagrosos para la enfermedad de los sesos del gran hombre, simbolizada por la lepra); este portento de los tiempos modernos, acaba de realizar su sueño dorado en la creación de su palacio con la celda de los Sueños Puros.

Si tu viéramos ganas de perder tiempo describiendo más imbecilidades, propias de la sífilis en el tercer grado, hablaríamos de los portentos de esta celda, que D'Annunzio ofrece a la juventud italiana para que vaya a velarlo el día de su

muerte y aprenda así la suprema sabiduría en las figuras simbólicas que ornán las paredes y en el cuadro puesto a la cabecera de su lecho, donde aparece el poeta desnudo arrodillándose ante Francisco de Assis, y mirando en el rabo del ojo las imágenes de sus amores puros, de sus amores constantes, simbolizados por ocho paneles artísticamente ejecutados.

Este artículo del "Strand Magazine", profusamente ilustrado con reproducciones de las maravillas que pueden verse en la celda de los Sueños Puros, se halla redactado con tal respeto y admiración por la personalidad de este imbécil, que no podemos menos que dudar de la salud mental de su autor y de la del director de tal magazine, que permite la infiltración en sus páginas de la malaria d'annunziana.

Si Italia admira aún la personalidad de este idiota, cuyas últimas imbecilidades son un insulto a las primeras obras literarias de Gabriel D'Annunzio, ¿qué mucho que allí prospere un mal sujeto como Mussolini?

## Confraternidad fehaciente

Quando substanciamos nuestros propósitos de propender a un intercambio intelectual, firme y fructuoso entre los países de allende y aquende el Océano, para intensificar el alcance de nuestra obra y obtener la natural repercusión que le prestara mayor eficacia, sabíamos de antemano que los intelectuales honrados que fraternizan tácitamente con nuestros anhelos nos prestarían su apoyo franco y fervoroso. El viaje de los camaradas Soto y Salas Subirat a Montevideo contribuyó a estrechar más los vínculos cordiales que nos unían a los escritores de la otra orilla, cuya simpatía hacia nuestra labor se tradujo en cálidos comentarios y profusa colaboración. Este número, por otra parte, rico de material uruguayo, da una idea aproximada de ello. Y pueden nuestros lectores contar con la colaboración sostenida de Juan M. Filartigas, un hombre joven, de espíritu más joven aun, que en cuanto se desprenda de la tutela formal de Cansinos Assens, podrá revelarnos una personalidad vigorosa que apunta ya en sus artículos críticos y en sus poemas en prosa de un lirismo hondo y caudaloso; de Juan Carlos Rodríguez Prous, dramaturgo de raza, cuya hermosa pieza "El rebaño negro" no tardará en publicar nuestra editorial; de los hermanos Guillot Muñoz, dos jóvenes ensayistas de gran talento cuyo estudio sobre "Lautremont y Laforgue" y su sección francesa de "La cruz del sur" son objeto de los más elogiosos comentarios; de los jóvenes poetas Junio Aguirre, Enrique R. Garet, Roberto Ibáñez, Humberto Zarrilli; de Alfredo Ferrara de Páulos, escritor de actividad múltiple que ha tomado con entusiasmo la representación de nuestra revista en Montevideo; de D. Cayafa Soca, autor de varios libros de literatura social, bien acogidos por la crítica de ambas orillas, y de otros muchos cuyas firmas irán avalorando progresivamente LOS PENSADORES. Hay, pues, un contingente considerable de escritores idealistas e inquietos que cooperan en nuestra obra con fe y entusiasmo.

Ahora el camarada Julio H. Brandan nos aproximará a los intelectuales y artistas de Méjico y Luis Emilio Soto y Pedro Juan Vignale a los del Brasil, dándole a nuestra iniciativa una proyección magnífica. Mañana nuestros lectores dirán si hemos trabajado en vano.

# A PROPOSITO DE UNAS NOTAS SIN TRANSCENDENCIA

Un compañero de redacción con el cual no he cambiado todavía el primer saludo, me defiende en el último número de nuestra revista, de una sospecha que desliza "Carátula".

Esto me obliga a justificarme, principalmente porque el colega en su entusiasmo por defender mi articulo me deja al fin de cuenta mal parado.

Todo lo cual es muy bueno: significa que entre nosotros hay una gran libertad, una verdadera independencia de criterio y que, concordando en una misma finalidad, cada uno de nosotros marcha por su camino y piensa con su cabeza.

Pero yo deseo rectificar algunos errores y acaso esto no sea sino un pretexto para componer el artículo de esta quincena.

Debe permitírseme confesar que no esperaba que unas mal perjeñadas notas provocasen esta menuda polémica a que me refiero. Luego he de decir que yo no he hecho ninguna crítica del libro de Arturo Cancela. Yo criticaba entonces, no un libro, sino un procedimiento. No podía ignorar, como no ignoro, los valores efectivos de Cancela; como tampoco ignoro que el lugar que se le ha dado en nuestra incipiente literatura — desde ya esto presupone mérito — no es el que le corresponde por derecho, y que si en él se sienta es porque está vacante.

Criticaba entonces la manera de fabricar libros de Cancela y no su contenido ideológico. Si ahora tuviera que llegar al fondo de la cuestión agregaría que "El burro de Maruf" es un libro para intelectuales, "pour épater".

Este colega que rompe lanzas en mi defensa me achaca luego de agresividad; señala que en mis comentarios me refiero más a la persona que a la obra.

Nada más inexacto. Más de un año de bibliografía en estas mismas páginas, dicen en mi favor lo que yo callaría por pereza. También podría atestiguarlo el autor de "La ruta del miraje", que no es del todo ajeno a este comentario. Luego que si hay algo importante entre los contemporáneos es la persona del literato. Luego que mi libro no se va a resentir en su esencia porque un crítico furioso despotrique contra él. No se corrige tampoco este libro por lo que de él se diga. Ya está hecho; ya el mal no tiene remedio, no hay reparación posible como no venga el natural olvido. La crítica que el agresivo Luis Bonafoux hizo del primer libro del vate incaico Ernesto Morales, no pudo impedir que éste nos administrara el estupefaciente de aquellos versos famosos que empezaban así:

Yo soy de Vicente López  
y mi novia es de Florida.

Ni las advertencias, súplicas y amenazas, impidieron que apareciese "La luna de enfrente" donde están aquellos no menos famosos versos titulados "El general Quiroga va al muere en coche". ¡Macanudo!

Uno y otro no hubieran delinquido si existiesen leyes precisas sobre el particular.

Ocurre con el literato lo que con esas mujeres que desean la forma tangible del amor y lo pasan suspirando por un amor platónico.

Todos se llenan la boca hablando de su obra y son artistas desinteresados; pero en rigor de verdad no desean más que alcanzar la fama.

Sé que el pequeño literato que hay en cada uno de esos tipos no piensa en su obra más que en sí mismo. Siempre está él de por medio. La vanidad le ha envenenado de tal modo que el arte no es más que pedestal de su extraordinaria persona.

No trabaja para que su obra tenga utilidad moral en la sociedad humana, sino para que surja en relieve su personalidad literaria.

De ahí que la crítica moderna tienda a criticar más al autor que a su obra. Por otra parte, bueno es decir que los libros que aquí se hacen no merecen crítica ninguna, y que es excelente la crítica que se hace a los autores en cuanto a su producción, por la esperanza de lo que puedan hacer en un brumoso futuro.

Cuando decimos crítica personal, traducimos torcidamente esta expresión. La intención es de criticar al hombre-artista como artista y no como hombre.

Si yo hubiese hablado de la familia de Cancela, como algunos parvulillos se han metido con mi familia para criticar mis cuentos, hubiese pecado. Si yo me hubiese referido a su físico o a sus polainas, hubiese caído en el ridículo; pero no he hecho otra cosa que criticar el procedimiento de que se vale Cancela para fabricar sus libros (1).

Detrás de este excelente escritor está el metafísico señor Gleizer, incitándolo continuamente al pecado. De esto es de lo que nos lamentamos. No trabaja Cancela para ningún fin útil. Lo hace porque Gleizer sopla en su oído, le tienta — él mismo dice que le ha sacado "el burro" del establo — y finalmente le precipita en el mal.

A Gleizer le aguijonea la perspectiva de un buen negocio y a Cancela el lucir su habilidad literaria y su conocimiento del inglés.

Tampoco mi comentario estaba enderezado al autor de "Tres relatos porteños", con referirme a él. Quería yo que sirviese de motivo de reflexión para todos los compañeros jóvenes que se dejan seducir por la gloriola literaria, cuya

meta es la publicación en "La Nación" o "La Prensa"; que publican libros mediocres, de argucias literarias con títulos pomposos y adverbios petulantes.

Es hora de que nos dejemos de hacer literatura para literatos y de que escribamos para todos universalizando nuestro pensamiento.

Aquí no puedo menos que recordar un lamentable artículo de M. Mascarenhas, dibujante, que leí en nuestra revista.

(1) La estúpida sospecha de que me he metido con Canela para fastidiarlo queda destruida si se tiene en cuenta que he presentado mi libro al Concurso Municipal, donde Canela es parte del jurado, y en tales condiciones es fácil suponer que me hubiese convenido más elogiarlo sin reservas, aun traicionando mi pensamiento.

Mascarenhas, que es un dibujante original, le enmienda la plana a... Tolstoi. El arte es cosa de aristocracia mental. El pueblo no sabe abrir juicio sobre la obra de arte, etc., etc.

Sin mucha perspicacia se echa de ver que este artículo es una mala defensa de *eso* que ahora se da en llamar originalidad.

El arte es para todos y no es para nadie. El artista no trabaja ni para el pueblo, ni para los exquisitos. Produce arte porque se siente impulsado a expresar la belleza o la verdad, que es la belleza misma.

No es que el pueblo no "sienta" a Beethoven, ni a Wagner, ni a Bachs; es que ni siquiera conoce la existencia de esos genios. Culpables somos de haber bastardeado el sentimiento y la emotividad del pueblo, alejándonos cada vez más de él, poniendo en manos de los exquisitos las claves para la comprensión de un pretendido arte.

Yo he visto, sin embargo, gente humilde en el paraíso del Colón, oyendo cuatro horas de música wagneriana, y si el sueño las vencía, he comprendido que la vida brutal a que posiblemente se sujetaban no daba a los sentidos para aguantar un arte que no ha sido hecho para una sociedad como la nuestra, a base de privilegios.

Si Mascarenhas se ocupara durante el día de cargar bolsas al hombro, no oiría, seguramente, más de diez minutos de música.

El arte pasa, así, por injusticia, a ser patrimonio de ciertas clases que llevan una vida relativamente desahogada. Esto no lo ha podido prevenir ni Wagner, ni Bachs, ni nadie.

De modo que así como no vamos a negar que muy pocos hombres del pueblo — me refiero a la gente obrera — pueden disfrutar de un arte superior — lo que cambia de aspecto la cuestión —, afirmaremos que ningún gran artista pudo limitarse a producir para selectas minorías. Si éstas le comprendieron antes que la gran masa del pueblo, es cosa que no discutimos, y esto es, ya otro cantar.

Cuando Mascarenhas dice pueblo, dice gente miserable, suburbana; ha dado a la palabra la significación que él necesitaba. Pero tengo entendido que, en este caso, todos somos pueblo. Y si la obra de arte no es para todos, es deleznable. Su vida, efímera; su utilidad moral, nula. Hay un momento en la vida de todo hombre por bruto y negado que sea, en que la universalidad del sentimiento del artista se vincula a su espíritu atribulado. Por este minuto de paz y de claridad que proporciona, la obra de arte cumple en todo tiempo su cometido.

Si es verdad que el mundo se rige por pasiones, el gobierno espiritual del mundo es del artista. Un arte convencional para iniciados es una cosa absurda y vanal. El arte es para el pueblo, para todos, para elevar la capacidad intelectual y sentimental del hombre y conducir finalmente a su perfeccionamiento.

La evolución incesante de la sociedad humana lo prueba concluyentemente. En este transcurrir de siglos, el que las obras maestras del arte no lleguen al pueblo no significa nada. Siempre el pueblo es el directamente beneficiado. La esencia de ese arte es pan espiritual de las gentes, aunque lo reciban inconscientemente. El otro, el arte para una selecta minoría, es una manifestación sin trascendencia humana. Vive y muere con la escandalosa persona del autor. Porque es revolucionario de formas y no de ideas. Y en arte la única innovación trascendental es del pensamiento.

LEONIDAS BARLETTA.

## HECHICERÍA

No sentí cuando entraste; estaba obscuro,  
en la penumbra de un ocaso lento,  
el parque antiguo de mi pensamiento  
que ciñe la tristeza, cual un muro.

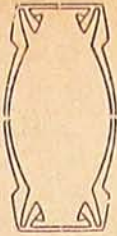
Te vi llegar a mí como un conjuro,  
como el prodigio de un encantamiento,  
como la dulce aparición de un cuento:  
blanca de nieve y blonda de oro puro.

Un hálito de abril sopló en mi otoño;  
en cada fronda reventó un retoño;  
en cada viejo nido, hubo canciones;

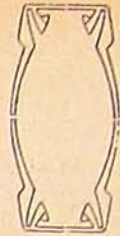
y entre las sombras del jardín—errantes  
luciérnagas—brillaron, como antes  
de mi postrer dolor, las ilusiones.

Luis G. Urbina.





# SALVAJE



Cuento Criollo, por  
Valentín García Saiz

La tarde agonizaba lentamente. Mientras el sol iba ocultando su disco enmelenado de rojo tras el confín lejano, en las llanuras galopaban tropillas de sombras hasta escalar las colinas, borrando los últimos charcos de luz dorada.

El canto melancólico de una calandria posada sobre un árbol solitario en la sierra, fué rodando de barranca en barranca.

Imperaba el mismo silencio de todos los días, y la mansa quietud de la hora ponía su broche de tristeza en las almas.

Había una ventana abierta que daba al campo y en ella estaba una criolla joven, de gran palidez en el rostro y de profundas ojeras. Con los codos apoyados en el marco y ambas manos en la faz — como si estuviera sosteniendo el peso de su cabeza, — con ojos rociados por lágrimas secretas, miraba insistentemente la larga culebra del camino que se extendía en la ladera de la cuchilla. Y su mirada se alargaba, se alargaba al escrutar el sendero envuelto por las sombras donde cada vez se hacían más densas.

Sus brazos se quedaron como agarrotados, y al enderezar el cuerpo, de su pecho salió un suspiro largo, venido de muy hondo, y, con amargo acento, dijo:

—¡Hasta cuando, Claudio, me vas hacer sufrir! ¡No comprendés que sin vos la vida pa mí no tiene apego!

Después de breve pausa le habló al campo, tal vez a las sombras:

—Todas las tardes a la misma hora lo espero y nunca yega. ¿Por qué es tan malo habiendo sido yo con él tan güena?

—¡Rosaura!... — sonó una voz gruesa y pausada a sus espaldas.

La muchacha, sobresaltada, quiso hablar y no pudo. Después, al ver en la puerta a su padre, exclamó, yendo a sus brazos:

—¡Tata!... ¡Tatita!

Era la única hija de ese buen criollo; la quería entrañablemente. Desde días atrás le seguía los pasos, temiendo que por culpa de aquel gauchito ingrato que supo mentirle amores, terminara todo con un desenlace fatal. El la había visto adelgazar, la había visto perder el apetito poco a poco, y como buen padre, decidió hablarla, aconsejarla. Prendió la lámpara de la salita, y en seguida dijo:

—No te vayás... vení, sentate acá al lado mio.

Ella acató dócilmente, y al tiempo de tomar asiento preguntóle:

—¿Hacía mucho rato qu'estaba, tata? Ricién llegaba... — contestó.

—¡Si viera qué susto me ha pegao!

El padre, al tiempo que señalaba el rostro de su hija con el índice de la mano diestra, dijo con gravedad:

—¡Vos, Rosaura, has estao yorando!

—¡No, tata!...

—¿Y qué hacías en la ventana hablando sola?

—¡Yo... hablando!...

—Sí... has estao hablando. Mira... m'hijita... yo te vengo oserando dende hace mucho tiempo. Te estás poniendo como animal avichao... no comés... te venís cada vez más flaca, y si seguís ansina, te vas a enfermar de adeveras. Yo demasiao me doy cuenta cuál es la causa. Escuchá a tu tata qu'es pa tu bien. No te apenés por ese mal gauchito que se ha portao como un puerco; se conoce qu'es misturao con grisgo. Vos sos joven tuavía, sos linda como la finadita tu mama; podés encontrar otro novio mejor qu'ese sabandija y te podrás casar.

—Pero, tata...

—No hay tata que valga... ¿Cómo? ¿Y entuavía lo querés a ese murriña?, ¡canejo!

Ella agachó la cabeza ante la palabra dura de su padre y guardó silencio.

—¡Rosaura, levantá la cabeza y mirame. — prosiguió él enérgicamente. — ¿Vos lo querés, decime, lo querés?

Ella alzó la frente y con los ojos húmedos de lágrimas, con miedo y valor a la vez, respondió:

—¡Sí... ta... ta, lo quiero y lo quedré tuita la vida! El me ha engañao, pero puede que güelva algún día arrepentido del mal que mi ha hecho. ¡Naide más que yo tiene la culpa de lo que me pasa.

—¡El te ha engañao a vos! ¡Te ha engañao!

La muchacha bajó la cabeza de nuevo y prorrumpió en un amargo llanto.

El padre la tomó de un brazo, la atrajo dulcemente contra el pecho, y con palabra densa y pausada le dijo:

—¡Con que t'ha engañao ese gauchito perverso! ¡Con que t'ha hecha mal!... pero... ¿qué te hizo?... contame, Rosaura; vos sabés que soy tu tata; yo te quiero mucho... sos m'hija única... contame tuito!

Y yendo a otro terreno más fangoso el pensamiento de aquel criollo, prosiguió:

—No te voy hacer nada... ¡decime la verda!

—¡Tata!... ¡Tatita!

—Pero, m'hija... ¿Devera?... ese canaya ti'ha engañao? ¿Cómo?

—¡Yo me muero! — respondióle con voz extrangulada por un sollozo.

El semblante de aquel criollo había adquirido una extraña rigidez; sus ojos se dilataban más y más; sus dedos se crispaban; temblaba su cuerpo como una vara verde. Quiso hablar y no pudo; se le trabó la lengua.

Por su mente cruzó como un relámpago la idea de que el honor de su hogar hubiera sido pisoteado por la cobardía de aquel gauecho, burlándose del amor de su hija, que rayaba en pasión...

Con una voz que tuvo en esos instantes algo del rugido de las tormentas, nuevamente díjole:

—¡Levanta la cabeza y mirame, Rosaura; aquí, en los ojos!

Ella obedeció, alzando la cabeza inconscientemente, pero con los párpados entornados. Estaba pálida, casi amarilla; el dolor, la desesperación y la angustia de muchas noches de insomnio era lo que reflejaba aquel rostro.

Luego él, cambiando de tono y al tiempo que le pasaba la mano por la cara, díjole blandamente:

—Decíme, m'hijita, tuita la verdá... no te voy a castigar... ¿Vos te conservás güena como antes? ¿Vos te conservas santita?

—¡No, tata! — gimió la infeliz, al tiempo que caía de rodillas y juntaba las manos pidiendo perdón.

El levantóse de la silla como movido por un resorte; contemplóla por un instante algo turbado, y muy pronto sintió piedad de su hija. Ella tenía en ese instante la frialdad y el abandono de un reo que espera su ejecución.

—¡Pobre m'hija! Parate, pues... yo te perdono, sí... pero antes me vas a decir ande se le puede ver a Claudio.

—¡Tata!... ¿qué va'hacer?... ¡Leo va'matar!

—¡Ande puedo verlo, decime!

Ella estaba trágica, tenía el cabello en desorden; en sus ojos enrojecidos no habían más lágrimas; solamente gemía su pecho desgarrado. De pronto armóse de valor y dijo resueltamente:

—¡Pero tata!... ¡Si yo no lo quiero; lo odio. No ve que si usté lo mata, lo van a llevar preso y entonces quedaré solita n'el mundo! Más mejor dejelo... le juro, tata, que ya no lo quiero! Y después... tatita, cuando nazca él, vamos a ser muy felices los tres. Usté es güeno... me ha perdonado la falta...

Aquel criollo fué serenándose poco a poco ante las palabras convincentes de su hija, las que contenían mucha verdad. Tras breve reflexión, un pensamiento dulce le hizo ronda en el corazón, desarmándolo lentamente hasta desistir de su primer impulso. En ese instante se

sintió abuelo y una ternura infinita invadía todo su ser. Y más aún. Creyó, por momentos, tener en brazos a un *gurisito* lindo que lo acariciaba, enredando sus manecitas redondas entre sus luengas barbas, y con mezcla de mimos y besos le repetía en su media lengua: "Tata viejo... tata viejo"...

Luego, dirigiéndose a su hija, dijo:

—¡Pasencia... el destino lo quiere ansina! Vos has hecho mal, pero... como tata que soy, estás perdonada.

Dió unos pasos lentos por la salita y mientras mesábase la barba, en su lenguaje rudo, salvaje, preguntóle sin rodeos a su hija:

—¿Y pa cuándo esperarás la cría?

Ella, bastante cohibida, contestó:

—Di' aquí cuatro meses.

El, disimuladamente, miróle el vientre.

—Ta güeno... vaya'la cocina y traiga pa su tata un *amargo*.

La muchacha salió rápidamente; parecía un pájaro que recobraba su libertad.

La pálida luz de la lámpara iluminaba el rostro de aquel criollo inundado de una serena bondad. Y mientras liaba un cigarro é chala, a intervalos sonreía... sonreía dulcemente, sonriendo con el futuro nieto. Luego dijo a manera de una sentencia a su propia soledad:

—Arrejuntar cariños cuando se va pa viejo, es abrirle cancha a la felicidad.

Valentín García Saiz.

## FRANCO

Sin quitar un ápice a su título de valiente, y sin agregar una hoja de laurel a la corona con que se le obsequiará la raza hispana, yo, según mi manera de ver, no creo que sea tan grande la hazaña para rendirle tantos homenajes, ni para que los paisanos de Franco anden por las calles como locos, gesticulando, gritando, poniendo a prueba la paciencia de los demás ciudadanos, que miran ese viaje como la cosa más natural dado el progreso de la aviación en todas las partes del mundo.

Hazaña, para mí, ubbiese sido, si un día a las cuatro de la mañana, levantara vuelo en España y a las cinco de la tarde acuatizara en el Río de la Plata, porque entonces tendría que cabalgar en una máquina que desarrollara unos ochocientos kilómetros por hora. Entonces podría decir, que se había hecho algo, pero venir de España en quince días en aéreo, no es como para que los españoles patrioterros, crean que todos los españoles, son héroes o super-hombres; que se acuerden que un puñado de moros los tienen en jaque hace muchos años, y que en Cavite estuvieron a la altura de una chinche, y que tien un Monjuit, y, un Primo de Rivera, que deporta a los que no piensan como él, y que todos esos que hoy blasonan de héroes y ponen por delante el valor de su raza, son incapaces de libertarse de un tirano que viene perpetuando la «Raza volerosa» que fusiló a Ferrer.

JUAN FERRO

## PROLOGOS Y DEDICATORIAS

Como joven de mi tiempo, como muchacho normal que soy y he sido, yo he pagado mi tributo al Moloch del ridículo, y he sido autor de cosas que hoy me avergüenzan un poco, pero que debía realizar fatalmente porque era un muchacho normal y no un sér de excepción discreto y correcto y oportuno y juicioso desde los años siete, los canónigos años siete.

No quiero contar los sucesos de mi vida de relación, pero sí quiero consignar ahora que en mi inédita, solitaria e inofensiva vida literaria, he cumplido conductas... semejantes a las de todos los escritores de todos los tiempos.

Por ejemplo: he planeado multitud de libros... y sólo he escrito apenas.

Un escritor normal — no un fenómeno de precipitada genialidad, — suele componer — por una impaciente inversión de labor — antes el prólogo o dedicatoria y después... o nunca más, el texto del libro.

Yo también, yo también he hecho eso...

Aquí van unas dedicatorias que construí para pórticos de obras aun inéditas, es decir, todavía en estado imaginativo. Podría colocarlas ahora como páginas liminares de libros que tengo escritos o casi concluídos, pero resulta, señor, que... yo soy ahora otro del que era cuando hice estos prólogos o dedicatorias. Ahora ya tengo ciertas ideitas sobre la oportunidad y la pedantería de estos trabajitos literarios. (Desprecio, muy orgullosamente, una ironía que, referida a las abstrusas notas del doctor Carlos F. Melo, trisca nerviosa e impaciente en la ríspida pluma).

Así, con una maniobra entre franca e hipócrita, confirmo y reniego de tales líneas; y como el autor de "El genio del cristianismo", que decía que no le importaban sus tantos cuarteles de nobleza pero insistía en la noticia de su azulada sangre, así yo muestro ese juego medio desdeñoso y medio tolerante de una sonrisa irónica para páginas que sin embargo envió a una revista para que corran impresas y se detengan ante los asombrados ojos de lectores mil...

No es que crea en la existencia de algún valor psicológico, estético, estilístico — pues hasta señalo la presencia de circunstancias perniciosas para mi personalidad de escritor; — y sin embargo de este concepto desdeñoso... sin embargo... las publico. Pero entremos en materia, como diría con graciosa suficiencia un escritor universitario.

Dedicatoria de un libro:

"Señor Dios:

"Síntesis, encarnación, fuente y depósito de toda bondad y belleza; arquitecto de almas y cuerpos; incorregible fabricante de movimientos y sucesos cósmicos y humanos; desdeñoso taumaturgo; mezcla de Esquilo y Arniches a la enésima potencia.

"Señor Dios:

"Que engendraste en el vientre fecundo de tu voluntad esta raza de hombres pequeños, grotescos, crueles y estúpidos.

"Señor Dios:

"Te dedico este libro en acción de gracias por no haberme hecho jorobado ni novelista semanal."

Como se ve, en esos días yo creía que Dios estaba obligado a oírme, y despreciaba a los novelistas cursis, como si existieran...

Ahora, he aquí una dedicatoria escrita la noche misma en que una novia mía consiguió por fin — ¡por fin! — desprenderse de mis empalagosos afectos.

"Por elegancia y por escepticismo, tengo en la vida de relación el pudor de mis sentimientos, defendiendo con ironías y gestos despectivos, la enorme ingenuidad de mi corazón. He aquí que ahora, en la necesidad de escribir la dedicatoria de este libro, encontré la elegante perífrasis con que defenderé mi ingenuo afecto: "Dedico este libro a una fecha y a un paraje. Y tú comprenderías inmediatamente.

"Pero no estoy satisfecho porque me intranquiliza una duda: ¿No será cobardía mi pudor sentimental? Y en un arresto de franqueza o de ingenuidad, realizable en mí como ciertas audacias en los tímidos, determino dedicarte mi libro con estas palabras, claras y limpias:

"Dedico este libro a la mujer que me hizo llorar a los veinte años de mi edad. Y firmo, desafiando, orgulloso y desdeñoso, la fácil y estúpida sonrisa de quienes no han tenido en en un instante de sus veinte años, un corazón de niño ingenuo."

Y firmaba, sí, sí.

Se observará que, fenómeno humano, normal, general, a los veinte años me creía viejo y hasta escéptico... A la verdad, eso de llorar... Pues bien: lloré, sí; pero fué de rabia y por vanidad, pues me sentí herido y beñado, sencillamente por haber sido ella y no yo quien rompiera primero.

Ahora otra dedicatoria, que podría también servir de prólogo, y en la cual podrá observarse una vaga influencia de Rodó, a quien ya no amo.

"En la familiar hora del almuerzo de un domingo de invierno, por excepción limpio y tibio, llegó a casa la nena del vecino.

"Era pequeña, linda, dulce y alegre.

— "¿Qué traes ahí?"

"Tenía enfundada la pequeña manecita derecha en el bolsillo de su delantal, y allí sus dedos inquietos revolvían algo rumoroso y chiquito.

— "¿De dónde vienes?"

— "De la plaza.

— "¿Qué traes?"

— "Piedritas.

— "Hubieras traído flores.

— "No hay. Sólo hay piedritas.

— "Cantos rodados.

— "Cantos rodados — repitió la nena, sonriendo siempre.

"¿Por qué, cómo iba a traer flores la nena si venía de un lugar donde no las había y donde solamente se amontonaban piedrecillas? Y trajo piedras, piedras, piedras, siendo ella alegre, alegre, alegre..."

"Así yo en la feria de la vida, de donde vengo, no encontré — porque no las había, — flores, flores de alegre alegría, flores de optimismo; en cambio, traigo de esa bolsa escandalosa y comercial y cruel, de donde acabo de regresar, piedras, piedras de agresividad, piedras de rencor, piedras de dolor, piedras de maldad también..."

"Y aquí está mi libro, agrio y duro como hecho con piedra."

Pero a la semana proyecté la redacción de un libro alegre y optimista; y como me gustaba el símbolo de la nena y las piedras, escribí el prólogo de esta guisa: Primero refería la anécdota hasta donde se hace referencia a los cantos rodados; en seguida le fuí echando encima estas palabras:

"De la feria de la vida, de donde acabo de llegar, traigo lo único que allí encontrara: piedras, piedras de dolor y piedras de egoísmo y piedras de indiferencia.

"Pero, como la nena del vecino, que volvió de la plaza con los bolsillos abultados de piedras pero también con su franca sonrisa fácil y cariñosa, así yo quiero con este libro mostrar, más que las minúsculas piedrecillas del

egoísmo, la permanente y luminosa alegría de mi optimista mocedad."

Suprimo unos párrafos donde explayaba ideas y metáforas sobre el tapiz de estas simplistas ideitas: es más real la sonrisa de la nena, que el montón de piedras. Y traía una cita de Hegel: "La idea es más real que el hecho." Como se ve, la cita era bastante inoportuna.

Pero lo curioso es que, más tarde, glosé esta misma escenita de las piedritas de la nena, para explicar una nueva postura literaria mía.

En efecto: relataba primeramente la anécdota, para continuar así:

"He aquí la realidad: la nena del vecino trae dos verdades contradictorias: la verdad de que en la plaza sólo había piedras, piedras de dolor, y la otra verdad de que la nena no perdió en la plaza su sonrisa de alegría, su alegría, la alegría con la cual fuera a la plaza y con la cual regresara.

"¿Qué cosa de que somos dueños es cosa recogida, cosa exterior a nosotros, cosa adquirida, cosa adherida, y qué otra cosa que poseemos es cosa nuestra, absolutamente, íntimamente nuestra? Tenemos en nosotros piedras y sonrisas; damos piedras y sonrisas. En este libro hay tristeza y alegría. La tristeza es mía porque la tengo; que la recogí en la vida. La alegría también es mía, pero es mía porque está en mí y es una parte de mí mismo. La tristeza y la acritud me parecen como cosas que son mías como son míos mi traje y mis papeles; pero la alegría es mía, mía, antes y después, como es mía la voz de mi boca que es mía antes de ser timbre y después de diluir en el aire su sonoridad suave."

En verdad, debo confesar, compungido aunque sonriendo, que tuve la audacia de darle tantas interpretaciones a esta dichosa escenita de la nena con piedras y con sonrisa, tantas interpretaciones diversas, contradictorias, contrarias, opuestas, caprichosas, tantas como obras iba planeando en mis ambiciosos ocios de fantástico soñador.

Pero, eso sí: fueron siempre símbolos fieles, momentáneamente fieles. Símbolos de libros que nunca, jamás, fueron — como dicen los filósofos — realidad objetiva.

(Yo hubiera querido desprestigiar el prólogo y la dedicatoria).

ROBERTO MARIANI.



# LOS ISRAELITAS EN EL DESIERTO

Descontento del pueblo - Preludios de la conquista de Canaán  
Las leyes de Israel.

## I

Jehová, después de sacar a los hebreos de Egipto en cuyo país eran felices, según lo reconocieron más tarde, los confinó en un desierto durante cuarenta años para purificar sus costumbres y hacerles purgar el pecado de haber vivido en la corte del Faraón, a la cual los condujera él mismo para librarlos del hambre que azotaba la tierra de Canaan, el maravilloso país de *leche y miel* que Jehová les regaló, no obstante lo cual debieron con-quistarlo a sangre y fuego.

La permanencia en el desierto revela una vez más la pequeñez del dios judío y la pobreza de su ingenio. Ese dios tan admirable y poderoso, es incapaz de curar el mal que él mismo causó a sus hijos y resuelve confiar a la muerte la tarea de la purificación, pues no otra cosa que la muerte significa ese confinamiento de cuarenta años, que es el término de una generación humana, según el cómputo judío. La exactitud de esta observación está demostrada por el segundo censo que Jehová mandó practicar después de la matanza de los veinticuatro mil israelitas que pecaron con las mujeres de Moab y de Madian, según el cual, de los individuos que salieran de Egipto sólo quedaban dos sobrevivientes: Josué y Caleb.

Ese mismo dios, autor de innumerables prodigios, que obsequió a sus protegidos con una lluvia de codornices a su llegada al desierto, y que más tarde inventó el *maná* para nutrirlos con él durante cuatro décadas, se olvidó proveerlos de agua obligándolos a caminar tres días bajo los tormentos de la sed, después de lo cual les ofreció en Mará unas aguas tan amargas, que Moisés debió endulzarlas introduciendo en ellas la madera de cierto árbol que Jehová le señaló. ¡Cuántos rodeos y complicaciones para resolver una cosa tan sencilla!

La provisión de agua en los desiertos podrá ofrecer dificultades a los hombres, mas no a los dioses, y lo mismo le costaba a Jehová ofrecer agua buena o mala. La penosa jornada de Mará pone de manifiesto la imprevisión y negligencia de los conductores del pueblo hebreo y da lugar a suponer que se olvidaban de los extraordinarios poderes que poseían, puesto que Moisés al poco tiempo hizo brotar un manantial cristalino y puro al herir con su mágico bastón la peña de Horeb. Haremos notar

aquí que este milagro realizado en el desierto de Sin o Zin, está consignado en el Exodo, cap. XVII, versículo 6, y repetido en el libro de los Números, cap. XX, versículo 11, y como no es posible atribuir al Espíritu Santo estas distracciones, preciso será reconocer que son obra de los hombres. Las frecuentes repeticiones de la Biblia han sido explicadas por la combinación de los documentos elohinista y jehovista, escritos, uno en Judá y otro en Israel en el siglo IX antes de J. C.

La vista del Desierto, horrible antesala de la Tierra Prometida, decepcionó grandemente a los judíos, quienes reprocharon a Jehová y a su profeta el haberlos sacado de la pródiga tierra de Gosen para arrojarlos sobre aquel inmenso yermo donde el hambre les hizo añorar más de una vez las suculentas ollas del Egipto abandonado. Pero estos justos reproches, lejos de mover a compasión la divina misericordia, encendieron la ira de Jehová hasta el punto de amenazar a Moisés con raer a su pueblo de la faz de la tierra.

Tenemos repetidas pruebas de que Jehová era un dios impulsivo y colérico, pero también las tenemos de que se dejaba convencer fácilmente por sus hombres. En este caso, Moisés no sólo supo convencerlo de su error, sino que llegó hasta atemorizarlo observándole que si ejecutaba su terrible amenaza, los egipcios se burlarían de él diciendo que había sacado a su pueblo de Egipto para matarlo en un desierto. Y el temor del ridículo y la mofa de unos hombres tan insignificantes y ruines como los egipcios, bastaron para que Dios se arrepintiera de su idea.

El descontento de aquel pueblo atribulado y famélico subió de punto cuando Moisés le enunció la invención del *maná*, alimento providencial que debía servirle de sustento mientras viviera en el Desierto, el cual consistía en una substancia azucarada y blanca semejante a la helada y de naturaleza tan delicada que se pudría a las veinticuatro horas. Durante la carnicería europea los alemanes inventaron el pan de harina de paja, del que decía un corresponsal de guerra a su diario: "Se asegura que es muy alimenticio, pero a mí me resulta lo mismo que substituir un buen asado por una pildora que contuviera todos sus principios nutritivos." Y el *maná* me hace pensar en esas palabras del periodista.

Este manjar divino que se derretía con el sol como la nieve y se agusanaba de un día para otro, fué guardado en un vaso por orden de Jehová para que sirviera de testimonio a la posteridad. Ahora bien: ¿Cómo podía conservarse durante generaciones enteras una substancia que se fundía con el calor y se descomponía de la mañana a la noche? ¿Qué necesidad había de conservar esta prueba material de la protección divina, desde que Jehová siguió manifestándose personalmente a su pueblo? De todo esto se sigue que la presencia de Dios no bastaba para convencer a los hombres de su poder.

Los israelitas se quejaron a menudo de este pobre alimento "que tenía sus almas angustiadas", y se lamentaban de haber abandonado un país de abundancia para acampar en aquel horrible páramo donde crecían de todo. Detestaban el maná y ansiaban comer carne, pero carecían de ella (Moisés se olvidó que habían llevado de Egipto grandes rebaños y que diariamente degollaban varios animales para los sacrificios. A pesar de esta grave contradicción, Jehová promete proveer de carne a su pueblo para que coma "hasta que le salga por las narices", es decir, hasta que revienten. La expresión es demasiado gráfica, y si no estuviésemos convencidos de que el amanuense del Espíritu Santo *macaneaba* por cuenta propia, nos veríamos obligados a modificar el concepto que tenemos de la Divinidad.

No obstante la ciega fe que los judíos tuvieron siempre en la ayuda de su dios, muchas veces dudaron de sus promesas, y en esta ocasión el propio Moisés se resistió a dar crédito a la palabra divina, por cuya motivo Jehová le castigó enviando sobre el Desierto una nube de codornices que permitió la reunión de diez montones por cabeza. He aquí un castigo más tolerable que el de las serpientes de fuego, pero Jehová se arrepintió demasiado pronto de tanta generosidad, y antes de que su pueblo pudiera regalarle con aquel banquete de Baltasar, lo abrumó con una nueva plaga aguanándole la fiesta.

## II

Jehová ordena a Moisés que denuncie entre los hijos de Israel guerra perpetua contra los amalecitas (piadoso mandamiento que no figura en el Decálogo), y Josué, famoso foragido del que nos ocuparemos en otra oportunidad, recibe el encargo de marchar contra ellos, destruyéndolos a filo de espada tras una reñida batalla en la cual ambos ejércitos prevalecieron alternativamente.

Y este fué el prelude de la conquista de Chanaan, el país prometido por eJhová a sus siervos en heredad perpetua y en el cual sólo pudieron entrar después de conquistarlo palmo a palmo como cualquier otro invasor. La posesión de la Tierra de Chanaan costó a Israel sangrientas jornadas y más de una vez se vió

obligado a volver la espalda al enemigo y buscar su salvación en la huida.

Es un hecho muy significativo que la entrada en el país regalado por Dios se hiciera mediante los procedimientos más duros y crueles, y que el Creador autorizara el exterminio y saqueo de siete naciones para ubicar en ellas a unos gitanos despreciables. Los métodos seguidos en la conquista de Chanaan no difieren gran cosa de los que emplearon los vándalos, los hunos, los hérulos y demás bárbaros que arrasaron la Europa en la Edad Media. Los israleitas destruían cuanto pueblo lograban dominar, asesinaban los niños, los viejos, las mujeres y también las bestias, para no contaminarse con su contacto; pero eso no les impedía regalarle con las doncellas de Madian ni apoderarse de los tesoros de eJricó a pesar del anatema, lo que nos prueba que en la tierra siempre ha sido todo relativo, hasta el pecado.

El vandalismo judío fué ordenado por Jehová en distintas ocasiones. En el Exodo, capítulo XXXIV, versículo 13, manda a los israelitas que una vez entrados en la Tierra Prometida, derriben los altares y destruyan las estatuas de los dioses de sus habitantes. En los números, cap. XXXIII, versículo 52, repite esta misma orden agregando que expulsen a los moradores de las ciudades que van a conquistar. En el Deuteronomio, cap. VIII, 1 y 2, después de recordarles estas "santas instrucciones", concluye decretando la matanza de todas las gentes sometidos sin tener piedad de ellas, decreto que las confirma en el versículo 16 del citado libro y capítulo: "Y consumirás a todos los pueblos que eJhová, tu Dios, te da; no los perdonará tu ojo ni servirás a sus dioses."

Hay en todo esto una serie de contradicciones: El Creador, que acaba de dictar el Decálogo a su pueblo mandándole amar al prójimo y respetar los bienes ajenos, aparece ahora ordenando la matanza, el exterminio y saqueo de los pueblos de Chanaan. Si Dios hubiera dado realmente estas órdenes, no tendríamos derecho para criticar la barbarie de los generales más sanguinarios, cuyos ejércitos no podían ir más lejos en sus desmanes que aquellos que el mismo Dios acaudillaba.

El ejército israelita, no obstante la dirección y apoyo del Cielo, ha debido morder también el polvo de la derrota. Pero ya sabemos que Jehová no era invencible, como resulta de su lucha con Jacob. (Génesis XXXII; 28). En el Exodo, cap. XVII, versículo 13; se consigna que Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada", y en el versículo 14, Jehová declara que Israel tendrá guerra perpetua con Amalec. En los Números, cap. XIV, 45, se dice que los amalecitas y los chananeos atacaron a los israelitas y persiguiéndolos hasta Horma, los deshicieron; y el cap. XXI, versículo 3, se asegura todo lo contrario: fueron los israelitas los que en Horma destruyeron a sus amigos. ¿En qué quedamos, señor Moisés?

## III

Un código dictado por Dios debía ser un monumento de justicia y sabiduría superior a toda concepción humana. El código de Israel no tiene, sin embargo, ninguna de esas cualidades. Es una colección de leyes estúpidas y bárbaras como todas las cosas de los pueblos primitivos, en las cuales se manda apedrear a las bestias y cobrar a los hombres ojo por ojo y golpe por golpe. La legislación judía establece así la pena del talión, que es una ley de venganza, y condena al buey que cornea, no obstante haber sido dotado de cuerpos por el propio legislador y del instinto para usarlos. La pena del talión, consignada en el capítulo XXI del Exodo, está expresamente prohibida en el cap. XIX, versículo 18 del Levítico, donde se manda perdonar y amar al prójimo, poniendo todo rencor y venganza.

Las instituciones del emperador Justiniano, escritas por los hombres, continúan siendo después de dos mil años de civilización una fuente inagotable de doctrina jurídica y un texto indispensable en nuestras escuelas de derecho. Por el contrario, nadie se acuerda del Levítico ni del Deuteronomio, los mamotretos fabricados por Jeremías, Esdras y Helkiah, atribuidos a Moisés y consagrados por el Concilio de Trento como obra del Cielo.

En esos códigos de origen divino, se encuentran recetas culinarias, indicaciones terapéuticas, reglamentos domésticos y una infinidad de instrucciones absurdas y pueriles. Contienen capítulos y más capítulos referentes a la forma de los sacrificios y los animales que en cada caso se deben destripar, y abruma las indicaciones sobre los ritos religiosos, los vestidos de los sacerdotes y la forma, ubicación y medida de los altares. El dios de Israel, suma de bondad y misericordia, reclamaba también sacrificios sangrientos como una vulgar divinidad pagana, y en vano intentaríamos averiguar la causa de esta crueldad o la gloria que sentiría Jehová oliendo la sangre de las vacas y ovejas desanzurradas sobre los altares.

Este dios contradictorio, que ordena "no matar", permite que Jefté le degüelle su única hija para cumplir el juramento que este juez le hiciera antes de alcanzar su victoria sobre los amonitas, y decreta que si la hija del sacerdote llegara a fornicar, que sea quemada a fuego para que el padre no se contamine.

Este dios, que prohíbe a su pueblo la idolatría y la construcción de imágenes "o semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, abajo en la tierra o en las aguas del mar", manda esculpir dos querubines sobre la tapa del arca del testimonio, para cuya construcción ha dado a Moisés detalles y explicaciones tan minuciosos que parecen una clase infantil; ordenando además que toda la congregación de Israel contribuya con su óbolo para esta obra. Tenemos, pues, que Jehová instituyó las colectas, costumbre inmoral que hasta hoy sigue practicán-

do la Iglesia con óptimos resultados, ya sea para sacar las ánimas del purgatorio o para socorrer a los huérfanos y a las viudas... Opinamos por otra parte que Jehová no debía pedir, sino dar los elementos necesarios para la construcción del arca.

Ese mismo Jehová, Dios único y universal, reconoce la existencia de otros dioses y se muestra celoso de ellos. En efecto, prohíbe a Israel el culto y la idolatría de los dioses ajenos (Exodo XX-3); decreta la muerte para todo el que sacrifique a los dioses extranjeros (Exodo XXII-20); prohíbe que se injurie a los dioses (Exodo XXII-28); manda que ni siquiera se les mencione (Exodo XXIII-13), y termina ordenando que se destruyan sus altares y se rompan sus estatuas. (Exodo XXXIV-13).

He aquí una contradicción inexplicable: El dios verdadero y único dueño del universo no debía mostrarse celoso ni abrigar temores sobre la competencia que pudieran hacerle todas esas divinidades imaginarias del paganismo. Estaba también en su poder borrar de la mente humana esas falsas concepciones iluminando la débil razón del hombre.

Y comprobamos, finalmente, que las sentencias divinas quedan sin efecto como los fallos de nuestros jueces o la ley de jubilaciones gremiales, pues los judíos fueron idólatras y paganos muchas veces, tuvieron bosques sagrados, adoraron las cumbres y rindieron culto a los dioses extranjeros, a pesar de lo cual no murieron. Ejemplos como este podríamos citar otros cien, pero mencionaremos solamente la sentencia de muerte para todo el que vea la cara de Dios (Exodo XXXII-20): Moisés habló cara a cara con Jehová en el Sinaí como se habla a un compañero. (Exodo XXXIII-11): Abraham le tuvo sentado a su mesa. (Génesis XVIII-4-8); y Jacob luchó con él cuerpo a cuerpo. (Génesis XXXII-24): Todos estos hombres y muchos otros vieron la cara de Dios y siguieron viviendo.

Los pobres de Israel (porque Jehová ya fundó la sociedad humana, sobre la base de la esclavitud y la explotación), sólo tenían derecho a comer una vez cada siete años. Tal resulta del mandato divino que ordena a los judíos el abandono de sus cosechas el séptimo año "para que los pobres y las bestias del campo hayan hartura". Los seis años restantes debían conformarse con las sobras de sus años. Y este pueblo atorrante, lleno de vicios y miserias, pretende ser la fundación por excelencia que pudo ideal el Cielo. ¡Mentecatos!

Jehová, después de idear una colecta para la construcción del arca, estableció el tributo de los diezmos y primicias que tan lucrativos resultados dió a la Iglesia, y decretó una contribución de medio siglo para toda persona mayor de veinte años, como precio de la salvación de su alma. Esta contribución fué empliada por los papas en tal forma, que en la Edad Media

existía una tarifa con el precio de cada pecado. La venta de indulgencias y otras gangas celestiales adquirió proporciones tan escaudalosas, que el propio Hildebrando, fraile de muchas agallas, que caló la tiara y humilló al emperador Enrique IV, se vió obligado a refrenar tan descarado como inmoral comercio.

El Levítico es un código lleno de ritos. En él se establece la forma de los sacrificios y holocaustos; muchos capítulos se ocupan únicamente de la forma de verter la sangre de la víctima inmolada, como se ha de proceder con el sebo, el redano, el pan y las tortas sin levadura, los sabumerios, las frituras de aceite y flor de harina, etc., etc. Todo esto, que presenta a Jehová como un dios pedestre y casero, nos recuerda los cocimientos con que nuestros curanderos rurales combaten el *daño*, el *pasmo* y el *empacho*, la funesta trinidad del mal entre los campesinos.

Para Jehová, los pecados del clero, los del pueblo y los de los príncipes revisten gravedad, y deben ser expiados en forma diferente, pero siempre a base de sangre. Así, por ejemplo: el pecado del príncipe exige el sacrificio de un macho cabrío "perfecto", mientras que el pecado del sumo sacerdote, requiere la inmolación de un novillo, "hijo de vaca". Esta aclaración final nos hace suponer que por aquella época las cabras y las ovejas parían también novillos.

Lo que hasta aquí llevamos reseñado, no deja muy bien parada la santidad de la Biblia, pero hay todavía pruebas más terribles contra dicha santidad, como lo son las ideas erróneas que Jehová tenía respecto del alma.

En el Levítico, cap. I versículo 11, se dice: "El alma de la carne está en la sangre"; en el Deuteronomio, cap. XXII-23, se repite: "La sangre es el alma y no has de comer la carne junto con el alma".

De tales declaraciones resulta:

1°. Que Dios no sabe lo que es el alma.

En efecto, el alma es una substancia inmateral e inmortal, que puede sentir, querer y pensar, que carece de forma y extensión, que no se puede ver ni tocar y que es el principio vital de los seres.

La sangre no tiene ninguna de esas cualidades, es una substancia material y grosera, y su función se reduce a alimentar el organismo.

2°. Que según los libros citados, Dios atribuye una alma a los animales, cosa que la Iglesia rechazó, con lo cual desmiente a su Dios infalible en la forma más rotunda y categórica.

S. RODRIGUEZ CASANOVA.

Los hombres que hablan mal de las mujeres divídense en tres clases: los que no las aman, los que las aman demasiado y los que ya no son amados por ellas. — A. Kant.

## DOS POEMAS

### LA MONJITA—

La monjita viste con túnica prieta  
pero fué más negra su resolución.  
Tocada parece la cabeza inquieta  
con el blanco lino, la Desolación...  
¡Van lentamente! las frías baldosas  
repiten apenas que ha posado el pie  
¡Ah si se supieran! piensa tantas cosas  
Pero para qué.  
Cuentan las leyendas, las leyendas turbias  
que te has desposado con el Hombre-Dios,  
y que le ofrendaste tus guedejas rubias,  
y el viento hizo de ellas, rayitos de sol...  
En un claustro grande de paredes mustias  
vives... rezas siempre con fervor y fe?  
Dicen que te extingués en mortal angustia;  
¿pero para qué?  
Y pensar que tienes unas manos blancas,  
y un cuerpecito frágil, de un rosa marfil...  
y unos senos blancos, que no tienen savia...  
y unos ojos dulces de color de añil...  
Y una boca fresca con sabor de guinda,  
y en un dedal caben tus pequeños pies  
y pensar, monjita, que eres linda, linda...  
¿pero para quién?

### HAMBRE—

Lecherías y hoteles, fondas y fondines  
Piruetas hacen con los platos, mozos  
[mandarines.  
Café con leche pan y manteca... y un  
mozo que tiene un forúnculo que desborda de  
[pus.  
Un papel cazamoscas... y un  
patrón que revienta de adiposidad, ¡salud!  
Una cajera magra, que no ha comido aún hoy  
pelirroja y pecosa que indigesta, ¡por Dios!  
Un nenito harapiento, pide pan por favor...  
Panoramas hermosos de la civilización.  
¡Que es poesía realista! Sí; perdona lector  
decirte he de algún modo que no he comido  
[aún hoy

ISABELINO SCORNICK.

## MENSAJES DE PAZ

Vienen hombres de guerra,  
con mensajes de paz;  
enviados de tiranos de pueblos  
vienen hacia los pueblos, con mensajes de paz.  
Los pueblos se embanderan;  
y yo, al verlos llegar,  
baño en llanto mi fe  
porque sean sus mensajes verdad.  
Vienen hombres de guerra,  
con mensajes de paz.

C. Delgado Fito.



# LA MORAL Y LOS CODIGOS

La moral es una preciosa ilusión. Dichoso aquel que puede conservarla hasta el fin de su vida, dijo Littré.

Y es que de ilusiones se nutre la estirpe humana. Acaso la vida sólo sea agradable por esas múltiples fantasmagorías del espíritu que, cansado de la constante brega, tiende sus alas a las vastas lejanías y se baña en la lumbre de las estrellas o en el remoto fulgor de los mundos de ensueño.

Pero el hombre ha olvidado que es un hombre en la realidad de la vida, es decir, un individuo, para sólo recordar que es un componente de la sociedad, que es un número sin valor que, para adquirirlo, necesita la cifra complementaria que autorice su curso y le señale un lugar en las intrincadas matemáticas sociales.

Y plantea innumerables problemas para todas las emergencias de la vida, poblándola de guarismos que son como urdimbres de zarzales que hieren y fustigan a la mísera criatura. Y he aquí el error. Todas las legislaciones son cálculos arrojados sobre el inquieto conglomerado social. Las defraudaciones son el residuo obligado en esa operación tenaz y fría del pensamiento. Y no es raro que la ley falle; la empuja la masa, la conciencia popular la obliga; pero el individuo se resiente de ello porque tiene sus funciones propias, porque vive, primero, dentro de sí mismo, y luego en su relación de su persona con los demás.

La función social está invertida. Por eso son los códigos como pulpos gigantes de enormes tentáculos, prepotentes por la fuerza y fríos por la misma ley, que parecen avizorar con ojos rapaces la vida que comienza y la vida que acaba, que se arrastran en pos del individuo, acechándolo como una presa y le advierte a cada paso que da su dominio soberano.

Y es gravísima esa moral social, austera como principio, inerte como una piedra, pero elástica y encubridora como vieja celestina en las punibles manifestaciones del instinto.

Y es que el hombre es un lobo para el hombre, tal lo dice Hobbes; y con esa visión del ser irracional imperando sobre los débiles, se han gestado los códigos y se han levantado las cárceles.

"Justicia y castigo" está escrito por la mano del hombre sobre el pórtico de la humanidad.

La naturaleza que manda a la progenie desde el seno de los claustros, que vela y anima al genio de la especie, que bulle y palpita en la desconocida esencia de las cosas, que marca el derrotero en la ruta incommensurable de los mundos, ha puesto la única potencia capaz de hacer hombre al hombre en su propio corazón: el amor. El amor piadoso y bueno, aquel grande y sereno, de Francisco de Asís, capaz de redimir a las fieras en sus horrendos festines de hambre.

Esto me recuerda la parábola de J. E. Rodó, cuando Jesús marcaba con la sangre de sus pies su paso en la nieve, y era en la desolada

estepa una blanca y luminosa visión, y el lobo hambriento, abiertas las fauces, llameantes los ojos, se acerca a la presa, y he ahí que Jesús le habla y llora su angustia, la fiera se inclina, se amustia y se deshace en rosas.

Acaso el hombre lobo tenga siempre la blanca, luminosa visión a su vera.

¡Hablad de instintos perversos, de atavismos trogloditas, de ancestrales insanias al padre que canta su copla para acallar el lloro de su pequeño y que ríe con su armonioso balbuceo y que siente estrecho su pecho para la plenitud de un amor que no cabe en la tierra!

Y en ese fuego de ansias e inquietudes correría que se forjaran los moldes para la sociedad del porvenir. Y no creo que sean necesarias las masacres y las hecatombes para derribar la carcomida arquitectura de la sociedad actual.

Está la arcilla fresca, presta a la mano del artífice, para la obra de seducción.

Es preciso ver en el niño, no al hombre fiera dispuesto a hincar la garra de Caín, sino el candoroso e inocente engendro que hurga la vida en el caliente seno de la madre y que lleva hasta el fondo del alma en escala de besos su incontestable código de amor.

El hombre está ébrio de pensamientos, borracho de razones, impregnado de deberes que se ve obligado a faltar y a imponer.

Ya no es individuo que teje la urdimbre de sus sueños bajo el tibio dosel de sus afanes.

Tal es el intrincado laberinto de redes hiladas en su defensa, que lo ha envuelto como a una presa y para desahisarse de sus potentes mallas, se fatiga en un esfuerzo estéril.

Para su liberación es preciso tomar otras sendas abiertas a plena luz, bajo cielos serenos y arrojar la pesada contextura de sus códigos como se arroja el cadáver infecto de podredumbre en el hondo sepulcro de lejana metrópoli.

BASILISA FERNANDEZ DE LAMBIASSO.

N. B. — El nombre de esta admirable escritora es desconocido dentro del intelectualismo rioplatense.

Acostumbrada — por un exceso de modestia — a firmar sus colaboraciones con el seudónimo de "Lisban del Cheval", y acaso una razón de dignidad superior la ha impulsado a pasar casi desapercibida, por tratarse de ser hermana de la inteligente poetisa Juana Fernández de Ibarbourou. Y no poco trabajo me cuesta convencerla que LOS PENSADORES anhela satisfacer un deseo de justicia dejando al César lo que es del César. Nunca podrán haber suspicacias de ninguna índole, sino reconocer los valores propios al través de su producción y de sus altas virtudes personales, dejando que el buen lector juzgue la bondad de nuestros propósitos al presentarla tal cual es.

Nos complace satisfacer en parte nuestro deseo, que será unánime.

A. F. DE P.

# ANTOLOGIA DE POETAS URUGUAYOS

## Recato

(Del libro inédito "Poemas y Seguidillas del Plata".)

¡Oh, la obrerita de antaño  
dulce como la vihuela  
y cordial como la tórtola!  
Figura que no se aleja

del alcázar del recuerdo,  
símbolo y vital esencia  
de amor acendrado y fértil  
en otra edad más ingenua.

¡Oh, la obrerita de antaño  
la humildísima! ¿Cómo era?  
Era así: noble y sencilla,  
franca, púdica y risueña;

como la miosota, humilde,  
grácil como la gacela  
y sensual sin impudicia

como flor que en primavera  
se ocultara entre las hojas  
temiendo perder su esencia.

MANUEL PÉREZ Y CURIS.

## Napoles

Nápoles,  
Tú eres un trapo  
De colorinches al sol;  
Una pandereta, un grito,

Una sonrisa de alcohol;  
Y por eso,  
Tu gente, ebria de ideal,  
Habla de *malinconia*

Desde Marechiaro  
A Santa Lucía,  
Con su canzoneta madrigal.  
Fumas con tu Vesubio,

Bebes tu vino rubio,  
Y menos mal  
Que tienes  
la borrachera  
sentimental!...

MONTIEL BALLESTEROS.

## Extranjero

Enfermo de recuerdos, viviendo de futuros  
como hace ya algún tiempo, si supieras,  
si supieras qué mal me siento hoy!

Estirado en mi cama  
debo parecer un muerto,  
con los ojos de vidrio y la boca apretada...  
Nadie ha visto mi fondo, nadie sabe de mí;  
ignoran que yo tengo una tristeza bárbara.  
Yo que soy extranjero en mi propio país,  
sobre un vacío tremendo voy abrazando mi  
[lámpara!

ENRIQUE RICARDO GARET.

## Venecia

Venecia,  
Oriente romántico!  
Fantasía decorativa.  
Los canales dicen versos  
Y la luna se desmaya  
De pálida y sensitiva.  
Mujer:  
Tus ojos azules,  
Tus trenzas rubias y tibias,  
tu boca siempre con fiebre  
Y tu languidez felina  
Están llenos de Venecia.  
Ilumíneme tu luna,  
Bogue mi amor en tu góndola,  
Ahóguenme tus aguas glaucas,  
¡Oh, Venecia femenina!

MONTIEL BALLESTEROS.

## Era equino

Caballejo infeliz que en este instante,  
libre de arreos, como yo vacante,  
sarnoneando vas, junto a mi vera,  
por el herboso campo en primavera.  
Cuanto mayor bien tu me propinas,  
que aquel tozudo jefe de oficinas  
que ayer me denegó, con alma oscura,  
paradójica, humilde sinecura.  
Los pájaros que ahuyentas  
y la ojiocanta con que te alimentas,  
el camino en que voy llenan de miles  
de trinos y fragancias pastoriles...  
...Y evoco a Francis James con placer:  
on ne peu pas avoir tout et le cœur.

JUNIO AGUIRRE.

# Oraciones perversas

## I

¡Benditas sean tus manos, porque ellas son impuras!  
Tienen pecados ocultos en todas las junturas;  
Su piel blanca se ha transido en agrio aroma de caricias  
Secretas, entre la sombra blanca en que rampan las caricias,  
Y el ópalo prisionero que se muere en tu dedo,  
Es el último suspiro de Jesús crucificado.

## II

¡Benditos sean tus ojos, porque son homicidas!  
Están llenos de fantasmas y llenos de crisálidas,  
Como en el agua marchita, azul en lo hondo de las grutas verdes,  
Se ven dormir flores que son bestias verdes,  
Y este doloroso zafiro de amargura y de espanto,  
Es la última mirada de Jesús crucificado.

## III

¡Benditos sean tus senos, porque ellos son sacrílegos!  
Se han puesto al desnudo, como un primavera florilegio,  
Florecido por la caricia y la siega de labios y manos,  
Flores del borde del camino, buenas a todas las manos,  
Y el jacinto que allí sueña, con triste aire de rey,  
Es el último amor de Jesús crucificado.

## IV

¡Bendito sea tu vientre, porque él es infecundo!  
Es hermoso como una tierra desolada; el estilo  
Del rastrillo, rastrilló sólo una gleba roja y rebelde,  
La flor madura allí sólo sembró un grano rebelde,  
Y el topacio ardiente que se estremece sobre este palacio de gozo,  
Es el último deseo de Jesús crucificado.

## V

¡Bendita sea tu boca, porque ella es adúltera!  
Tiene el sabor de las rosas nuevas y la anciana tierra,  
Ha chupado los jugos oscuros de las flores y las cañas;  
Y este rubí cruel sanguinolento y frígido,  
Es la última herida de Jesús crucificado.

## VI

¡Benditos sean tus pies, porque son deshonestos!  
Calzaron las chinelas de los lupanares y templos en fiesta,  
Sus talones sordos pusieron en la espalda de los pobres,  
Marcharon sobre los más puros, los más dulces, los más pobres,  
Y la hebilla amatista que tiende tu liga de seda,  
Es el último estremecimiento de Jesús crucificado.

## VII

¡Bendita sea tu alma, porque está corrompida!  
Altiva esmeralda caída sobre el piso de las calles,  
Su arrullo se ha mezclado a los olores del fango,  
Y acabo de aplastar en el glorioso fango,  
Sobre el piso de las calles, que es un camino a la cruz,  
El último pensamiento de Jesús crucificado.

*Remy de Gourmont.*

(Traducción de Marcos Fingerit.)



# Martin Fierro

---

PERIODICO DE LA BRILLANTE  
JUVENTUD DE LITERATOS ARGENTINOS

**Q. E. P. D.**

Falleció confortado con los auxilios del "Palacio del Libro" y la bendición del Profeta Lugones. Sus padres, Evar Gonzalez Méndez y Oliverio Gironde, sus hermanos Proa, Inicial, (ausente) Eldorado (ausente) los cubistas, dadaistas, ultraistas y otros genoveses; los poetas remononos, jazz-bandistas, diáfanos, termométricos y calendáricos; las exquisitas Norah Lange y Nydia Lamarque, los literatos de Florida, Ramón Gómez de la Serna por los lelos españoles y demás deudos, invitan a sus relaciones a dar piadosa sepultura a los descarnados restos del extinto.

El duelo puede despedirse en cualquier forma.

Casa mortuoria: Bustamante 27. Servicio fúnebre de "LOS PENSADORES", Independencia 3531. (La casa no tiene sucursal).

NOTA: Se ruega no enviar coronas.



# JUEZ JUSTO

Un cuento del libro "Zancadillas",  
de Alvaro Yunque,



El juez había llevado el expediente a su casa, a fin de estudiarlo concienzudamente. Cinco horas se estuvo sobre él, con el ceño arrugado y los ojos febriles. De esas cinco horas de estudio, sacó que el fiscal tenía toda la razón: El criminal merecía la pena de muerte. Se trataba de un parricida que, por robar, había asesinado a su viejo padre. Un crimen monstruoso, un crimen de esos que hacen correr un escalofrío por la sociedad. Quince puñaladas tenía el cadáver, y el asesino había rematado a toconazos, antes de arrojarlo a un pozo. Nada faltaba allí: premeditación, alevosía, ensañamiento. Era un caso de muerte.

Y el juez firmó la sentencia.

Se fué a dormir satisfecho y fatigado. Una vez más, "la sociedad ultrajada", según dicen los reporteros, sería vengada por él, juez justo.

Mientras se desnudaba, se le presentó la faz del criminal a la memoria. Era un mozo de treinta años, grande y fuerte, con todos los estigmas del cretinismo. El juez veía claramente su cabeza rapada, su sonrisa estúpida y bestial, oía su voz ronca relatar su espantoso homicidio sin perturbarse...

—Sí, pensó el juez, debe morir. Seres de tal naturaleza, son monstruos, deben morir.

Se le presentaron a la memoria los ojos del criminal, unos ojos grandes y mansos que contrastaban con su sonrisa y su voz. Por aquellos ojos, hubiera debido ser absuelto. Revelaban bondad y ternura... Pero el crimen estaba allí, flagrante y espantoso, allí, en la conciencia pura del juez justo. Satisfecho de su sentencia, se durmió el juez, oyendo la suave respiración de sus hijitos que dormían en la alcoba de al lado, y a los que no besara, según tenía costumbre... por no despertarles, se dijo.

Se durmió el juez, y soñó:

El criminal iba a ser fusilado.

El juez lo veía con su estúpido sonreír de cretino y su cabeza rapada, mirándolo todo con sus ojos de buey manso. Veía el grupo de periodistas, curiosos y militares que lo comentaban a él, al juez justo, al vengador de la sociedad.

Y el juez se vió a sí mismo. Muy pálido y correcto, con el papel de la sentencia en la mano, digno y admirable.

Llegó un pelotón de ocho conscriptos. Al juez, sin que hubiera sabido porqué, le impresionaron las caras juveniles de aquellos ocho muchachos que iban a matar un semejante. Uno de esos conscriptos lo emocionó: era un joven rubio, con cara de niño asustado. Claramente se veía: eso que le obligaban hacer le repug-

naba mucho, o al menos, el juez, creyó verlo así, claramente.

El criminal fué vendado. Ya no lo miraban sus dos ojos buenos, y el juez sintió un alivio muy grande. Ahora sólo veía una cabeza rapada y una boca bestial; y pensó que la condena era justa.

Vió cómo el oficial, levantando la espala y bajándola, ordenaba hacer fuego. Cerró los ojos. Esperó oír la descarga... No la oyó.

Hubo de abrir los ojos: Ocurría algo inconcebible: los conscriptos se negaban a tirar. El juez oyó al rubio que tenía cara de niño asustado. Gritaba:

—¡No somos verdugos, no somos verdugos!

Se trabó una lucha al cabo de la cual, desarraigados y reducidos, se les condujo presos.

El juez irritóse.

—¡Traigan veteranos!, ordenó; estos conscriptos tienen demasiados escrúpulos de conciencia, van a concluir con la disciplina del ejército. ¡Traigan ocho veteranos!

Llegó un pelotón de cabos y sargentos. Al verles, experimentó el juez una impresión repulsiva. Eran ocho caras siniestras, aindiadas, con cicatrices. El juez reparó especialmente en un sargento. Tenía el cabello gris ya y, si se le observaba con atención, a pesar de los costurones que lo desfiguraban, su faz era noble.

El oficial volvió a hacer las señales de: ¡Apunten!; después: ¡Fuego!

Esta vez el juez no cerró los ojos. Vió así cómo aquellos ocho veteranos, cuya vida entera se había movido como con resorte, automáticamente, no tiraban contra el pobre criminal inerme. Y oyó que el sargento del cabello gris, como el conscripto rubio de antes, gritaba también:

—¡No somos verdugos! ¡No somos verdugos!

Volvió a repetirse la anterior escena, y los ocho sargentos y cabos, fueron presos como los conscriptos.

El juez creía enloquecer de estupor. ¿Qué pasaba? Nadie podía explicarlo.

—¡Que traigan ocho ladrones!, ordenó el juez.

Y llegó el pelotón de los ocho ladrones. Ocho caras vulgares, de ojos apagados y torvas frentes. En uno de ellos reparó el juez. Todo era vulgar en él, excepto la boca, cuyo rictus denotaba una enérgica bondad.

El condenado seguía esperando la muerte, con la mansedumbre de un buey muy viejo. Ni por curiosidad de inquirir porqué tardaba tanto en llegar, se había movido. Estaba resignado a morir, y con calma moriría.

—¡Apunten!, ordenó el oficial, después: ¡Fuego!

Nadie tiró. Los ocho fusiles cayeron a tierra, arrojados violentamente.

Y el juez oyó gritar al ladrón de la bosa enérgica y buena:

—¡No somos verdugos! ¡No somos verdugos!

Fueron reducidos y presos como los conscriptos y los veteranos.

—Señor, dijo el oficial al juez, los hombres están cambiados, está visto que nadie quiere matar. ¿No sería mejor conmutar la condena de muerte por la de presidio?

—¡Nunca!, rugió el juez; ese asesino debe morir. ¡La ley lo ordena! ¡Traigan ocho criminales!

Fueron en su busca. Después de una larga espera, volvieron con uno solo: Un hombre que llevaba veinte años de cárcel, antiguo bandolero, autor de siete crímenes. Era el único que se prestaba a matar.

Le dieron un revólver y lo pusieron a dos metros del condenado, que seguía sin pronunciar palabra, inerte.

Ordenó el oficial:

—¡Apunte!

El antiguo bandolero extendió el brazo, firme.

—¡Fuego!, ordenó el oficial.

Pero el revólver cayó de la mano de aquel asesino autor de siete crímenes.

—¡Ya no puedo, ya no puedo matar!, gritó lastimeramente, y luego, encarándose con el juez, en un raptó de rebeldía, le borbóto:

—¡Yo no soy verdugo! ¡No soy verdugo!

Fué preso él también. El juez, el oficial, los periodistas, el público, estaban absortos; nadie se explicaba lo que ocurría.

—¡Pero los hombres están locos!, exclamó el juez. ¡Los hombres están locos; ya no quieren matar! ¿Están locos?...

—¡Están locos, locos!, afirmó el oficial desesperadamente, ¡locos, locos!

El juez se dirigió al grupo de mirones:

—¡Diez mil pesos al que mate!

Ninguno se movió.

—¡Veinte mil!

Tampoco se movió nadie.

—¡Cincuenta mil pesos!, gritó el juez.

Un hombre del pueblo, astroso, con las pupilas vidriosas y la faz magra, se adelantó:

—¡Yo!, dijo con voz muy débil.

Pero cuando fué a tomar el revólver que el juez le alargaba, se turbó terriblemente y echó a correr como enloquecido. Baladraba:

—¡No puedo matar, no puedo matar, no puedo matar! Yo no soy verdugo!, ¡yo no soy verdugo! ¡Que mate el juez!

—¡Que mate el juez!, gritó otro desde la multitud; y luego otro:

—¡Que mate el juez!, y otro más:

—¡Que mate el juez!

Y aquello se hizo un tumulto de voces que gritaban, conminatorias:

—¡Que mate el juez! ¡Que mate el juez!

El juez hizo un ademán como ordenando silencio. Todos callaron.

—¡Yo mataré!, afirmó amenazante.

Con el revólver en la diestra, plantóse frente al condenado que, indiferente a todo, proseguía inerte. Y el juez, cerrados los ojos, apretó cinco veces el gatillo. No sonó la descarga. Sucedió algo imprevisto: no tiraba el revólver.

Trajeron otro. Volvió a tirar el juez. Nada. Y otro, y otro... Hasta diez revólveres intentó descargar el juez. Inútilmente. Ningún revólver tiraba. Aquello era inaudito; pero no hizo vacilar al juez justo.

—¡Que traigan un cuchillo!, ordenó. ¡Lo degollaré!

Y fueron en busca de un cuchillo. En tanto, el condenado se había corrido la venda, y lo miraba. Lo miraba largamente con sus ojos de buey manso, llenos de bondad y ternura. El juez, de pie ante el que debía morir, estaba magnífico, parecía un héroe arrancado de un poema épico. Llegaron con el cuchillo. El juez lo empuñó, sin vacilaciones; tan seguro de sí, como si toda su vida no hubiese hecho otra cosa que esto: matar hombres atados. Con la mano izquierda, cogió el juez la cabeza del que debía morir, y la echó atrás, dejando libre el cuello sobre el que apoyó el filoso cuchillo. Ya iba a pasarlo profundamente, cuando los ojos tiernos, mansos, esos ojos llenos de bondad, tanto que se creyesen imposibles en aquella cara brutésca, se posaron en los suyos, en sus ojos fríos, metálicos. Y el juez vaciló. Sólo veía aquellos ojazos buenos del condenado, no veía ya su cara de cretino, ni su sonrisa estúpida, ni la expresión bestial de su cabeza; sólo veía esos dos ojazos tiernos, grandes, de buey. La mano del juez inflexible, del juez justo, del juez vengador de la sociedad, vaciló y, trémula, no hizo más que arañar tímidamente el cuello de la víctima. Una gota de sangre, sólo una gota, salió de la pequeña herida, y la gota cayó sobre la mano del juez.

Ya no vió nada éste. Todo había desaparecido de súbito: curiosos, periodistas, oficial, gendarmes. Fué tan intenso el dolor que le produjo aquella gota de sangre, al caer sobre su mano, le quemaba de tan atroz manera, que el juez, dejando caer el cuchillo, no viendo más nada, fuera de sí, no tuvo más ansias que mitigar tan cruel dolor. Pasó la otra mano sobre la gota de sangre, y la otra mano se le puso roja, y le quemaba también; quiso con la diestra quitarse la sangre de la izquierda, y ambas manos se le pusieron rojas y le quemaban, le quemaban... Ya no sabía el juez qué era aquello, ni de dónde salía tanta sangre, ni si era sangre suya o del condenado. El juez sólo tenía conciencia de una cosa: que sufría, que sufría terriblemente... Empezó a oír llantos de niños...

En aquel punto despertó, sobresaltado. Encendió luz: estaba en su rica alcoba, sobre su lujoso lecho; todo había sido una pesadilla. Pero aquel llanto de niños? ¿Qué era aquel llanto de niños que él oía aún?... Reparó en-

# EN TORNO A "MARTIN FIERRO"

El fin más elevado del arte es producir una emoción estética de carácter social. — Guyau. — (El arte desde el punto de vista sociológico).

Un crítico imparcial que quisiera formular en nuestros días un juicio preciso y ecuánime acerca del llamado arte nuevo, debería consignar necesariamente que dicho arte — si existe — se halla encaminado a un lamentable extravío.

Tenemos una multitud de escuelas o capillas estéticas, todas bajo distinto rubro, pero en realidad unidas al cordón umbilical de un idéntico objetivo: el repudio de las formas clásicas, consagradas, y la utilización de elementos extraños al arte, reputados por sus secuaces como la expresión exacta de nuestro actual estado emocional.

La intenciona en sí es plausible. Renovar las viejas fórmulas expresionales, imprimir nuevo carácter a nuestra inquietud de hombres agobiados por una cultura milenaria, despedazada nuestra sensibilidad por una reciente hecatombe, barrida nuestra fe teocrática por los descubrimientos e invenciones del siglo, es tarea simpática, altamente loable, y consoladora, acaso.

¿Podemos, entonces, los hombres de este siglo vertir nuestros ensueños en los moldes empleados por Dante, Voltaire, Verlaine, Mallarmé... sin restringir el amplio vuelo de nuestras emociones, y, sobre todo, quizás, sin

---

tonces que eran sus hijitos quienes lloraban, llamándole:

—¡Papá, papá; papá, tenemos miedo!

El juez saltó de la cama, y corrió al otro cuarto; mas cuando llegaba a las camitas de sus hijos, parecióle que sus manos estaban aún rojas de sangre, de la sangre del hombre por él condenado; parecióle que con aquella sangre iba a manchar las carnes blancas y puras de sus hijitos. Retrocedió espantado. No sabía qué era eso, estaba loco. Sus niños continuaban llorando, implorándole:

—¡Papá, papá, papá!...

Inconscientemente, el juez tomó la sentencia, la rasgó, la volvió a rasgar, y la hizo añicos, que tiró con fuerza al suelo. Le parecía ahora que sus manos ya habían perdido su rojo de sangre. Corrió hacia sus niños que alargaban los bracitos trémulos, implorándole:

—¡Papá, papá, papá!...

Y el juez se abrazó a ellos, convulso; pero regocijado y satisfecho de verles consolarse contra él, regocijado y satisfecho de comprobar que todo aquello fué sólo una pesadilla espantosa... Eran un regocijo y una satisfacción como jamás los había sentido en su vida. Como si ésta fuese la primera vez que hacía justicia en su vida, justicia verdadera.

ALVARO YUNQUE.

lastimar ese nuestro engrimiento de hombres vanguardia de siglo?...

En realidad, el problema es tentador, y mucho más para los jóvenes que carecen de determinadas dotes intelectuales. Es aquí donde el modernismo concluye en un refugio cómodo para la vacuidad de espíritus triviales.

(Podríamos hasta deducir de ello un conocido principio de decadencia del arte, pero dejemos esta disquisición para otro día y no nos apartemos del carácter de simple crónica que tienen estas líneas).

Aconteció que a mediados del siglo pasado algunos temperamentos excepcionales osaron expresar sus inquietudes en formas desusadas o desconocidas, en ritmos o cadencias extrañas, y de ahí se dió en decir que para el arte se iniciaba una era nueva. Los falsificadores, los imitadores y todo género de fracasados hicieron el coro a los elegidos ("muchos eran los llamados, pero pocos los elegidos") y al final de cuentas pudo apreciarse que el número de los verdaderamente grandes no llegaba, con todo, a cubrir los dedos de ambas manos.

Hubo, es cierto, unos cuantos espíritus valerosos que llegaron a realizar obra perdurable, pero todo quedó allí. El dolor y el placer humanos, antiguos como la vida misma, fueron los móviles por los cuales el hombre al exteriorizar un sentimiento benévolo, hallaba un eco simpático en el ánimo de sus semejantes.

¿Tendremos que repetir que las escuelas artísticas nada agregan al talento, a veces lo amenguan?

He aquí la situación especial en que se coloca el grupo "Martín Fierro". Desvineulado de toda noción social en lo que al arte respecta, sin posibilidades de realizar obra de belleza, y lo que es peor, en persecución tenaz de una presunta originalidad, que a la postre sólo consiste en retorcér la claridad, la sintaxis y la lógica, dejando intacto el contenido tradicional de la vida, auguramos a este grupo una existencia efímera (¿Pero es que acaso ha tenido existencia?)

Lamentamos sinceramente la expresión de nuestro augurio. Se trata de un conjunto de muchachos jóvenes — es posible que algunos con la necesaria ingenuidad para tomar en serio los propósitos enunciados en sus publicaciones — y es de lamentarlo doblemente, ya que la pérdida de tiempo en años de juventud significa un derroche irreparable.

ALBERTO I. DIEHL.

---

¿No son ellas, por ventura, las que arruinan o sistienen las familias, las que cuidan de los detalles de la casa, las que, por consiguiente, influyen de un modo decisivo en todo lo que interesa más de cerca al género humano?

Es, pues, sumamente importante el educar bien a las mujeres. — Fenelón.

# NOTAS DE MONTEVIDEO

## *Los mercaderes del teatro*

Sabíamos que por la confiada Buenos Aires un señor Ballesteros tenía sentada su audacia — muy poco romántica y quijotesca por cierto, — empleado en menesteres de director de compañía bataclánica o cosa por el estilo... Ya sabemos, desgraciadamente, lo que es el bataclán. ¡El mercado de infelices mujeres! ¡La sueursal infamante del prostíbulo! Pero, los que sentimos como el filósofo hindú del siglo XVII un sagrado amor y profundo respeto por la que ha caído en el vicio; pensando que en cada meretriz se oculta acaso una posible madre, deploramos a este Ballesteros, consagrado últimamente como un verdadero traficante de la trata de blancas.

Estos bandidos nunca operan solos, y en este caso el que nos ocupa ha obtenido la complicidad de la Comisión Municipal de Fiestas de Montevideo; realizando con ésta un contrato leonino para hacer actuar sus bataclanas en una barraca de latas, improvisada en las cantinas del Parque Rodó, y después de media noche en el gran cabaret para familias... que la referida Comisión de Fiestas Municipales explota en el teatro Solís.

También estas tristes comediantas han sido obligadas por su explotador a desfilar por los cosos en una carroza, feéricamente vestida, tirada por cuatro caballos y Ballesteros...

El espectáculo ha resultado conmovedor, doloroso e insultante para una población que balandronea de culta y que usa hasta con énfasis la vanidad de su especialísima moral... Y la lógica reacción que se esperaba por parte de los hombres de bien que escriben en los diarios, no se ha producido aún. ¡Maldita cobardía!

Por nuestra parte, esperamos que la Sociedad Argentina de Actores tomará cartas en el asunto y aplicará a este espléndido ejemplar de "maqueraux", la sanción menos sensible — no sea cosa que su rostro de efebo enfermizo — adquiera rasgos inconfundibles de hombre martirizado por la calumnia.

## *"La visagra"*

Esta sociedad de artistas... tiene ya suficiente notoriedad por su brillante actuación... Está organizada con los mismos fines de la "Mano Negra": cometer innumerables delitos y que todos ellos queden impunes.

Están asociados pseudos pintores, escultores, dramaturgos, periodistas y cuando surge un muchacho nuevo, pleno de entusiasmos y fuerte de condiciones positivas, le fabrican el vacío, especialmente si no pertenece al credo político de un presidente que fué... Y de ahí el feliz bautismo de la "visagra", pues todos

sus componentes, durante un período presidencial de cuatro años, no escribieron, ni pintaron, ni esculpieron esclavizados en hacer genuflexiones, mérito imprescindible para conquistar un ministerio.

Sin embargo, las épocas cambian y "La Visagra" acaba de sufrir una seria derrota en sus miserables maquinaciones.

Salguero De la Hanty, el formidable artista, ha sido impuesto por el pueblo, quien reverente y compenetrado de su robusta obra lo ha consagrado, llevando a su alma los laureles rojos de las verdaderas conquistas.

"La Visagra", pues, ha sido vencida en Montevideo por Salguero De la Hanty, y su gran triunfo constituye la mayor satisfacción de los buenos, que esperamos en el gran homenaje que se le sabrá rendir en los círculos artísticos de Europa, para honra de América, ya que más que un artista notable verán al mensajero de un "arte nuevo" plasmado con los caracteres psíquicos de la raza.

## *Las recitadoras*

Se acabaron las tonadilleras y han llegado las recitadoras. Por el mundo nunca pasa una sola plaga.

Las tonadilleras eran pobres muchachas que buscaban en el tablado la emancipación de la miseria y marco para sus formas y su belleza... Si no sabían leer o escribir, hacían lo posible por cantar y las hubo, como la Goya, que lo consiguieron.

Pero las recitadoras, chicas mal de familias bien insubordinadas con las obligaciones y los deberes del hogar, embaucan a sus papás recitándoles de sobremesa los versos del poeta que las acompaña a las lecciones del instituto musical, o los impresos en un disco de gramófono.

Así empiezan; después consiguen que se les permita transmitir por radio, y ya perdida totalmente la vergüenza, corren por redacciones de diarios o revistas mendigando elogios y semblanzas.

Las bonitas triunfan, indefectiblemente, en el primer recital en público.

Es una vergüenza lo que está sucediendo con estas niñas recitadoras en Montevideo.

Comercian con su belleza física y dejan en ridículo a los escritores que pretenden difundir, quienes sirven únicamente para que las familias bien de las chicas mal, vivan mejor...

Una recitadora puede tener citas secretas hasta con un abogado en la "garconiere", donde se rinden los supremos refinamientos al vicio; pero una obrera no puede ser acompañada por su novio al taller, porque hasta a las recitadoras les parecería mal!

JUAN CARLOS RODRIGUEZ PROUS.



## COMENTARIOS SOBRE ARTE

## LA ACADEMIA

Se han abierto las aulas en las academias. Se reanudan entusiasmos y no se perfilan personalidades. Las corbatas "Lavalliere" flotan como mortajas de muertos y los encantados alumnos yerguen su cabeza llenas de rulos o vacías de gomina. Es realmente asombroso lo que llevan dentro estos muchachos, todo fibra y todo nervio. Pero... la academia cual monstruo los traga, los devora, los tritura. La vida es un interminable moverse y equilibrarse. La academia es el orden, la tranquilidad, el reposo. La academia creyó encontrar ya el equilibrio de las formas, la regularidad de los colores, y la naturaleza hace millones de años que lo busca. ¿Es posible?

La academia es el conventualismo de la vida. El gotismo de los problemas de las relaciones de los seres.

Un alumno en la academia es un bajorelieve, una furia empotrada en una pared. Una Victoria de Samotracia sin sus paños magníficos...

Un alumno de la academia acepta desde luego, tácitamente, el cilicio, la mordaza. Teme la orgía de la inmensa geografía de las luchas de las pasiones, y aprende a odiar la dificultad de lo terreno porque, lo terreno, no es el yeso-modelo que colocaba a su gusto.

Nada hay tan variable como una mata viva o un bosque de árboles. Hay en ellas sol, viento, colores, huracanes; además tejen tormentas en el alma, preocupaciones en el cerebro, y, muchas veces, alegría en el corazón.

En la academia se le echa cenizas al fuego, se impone silencio, y el maestro cree haber llegado a la última etapa de la carrera de arte.

También sé que un buen pintor argentino dijo que había perdido once años de su vida en la academia...

Amemos el estudio, la perseverancia, la dignidad, pero amemos la vida tal cual es. A la vida nadie puede "estetizarla". La academia cree haber hallado la emoción artística para aplicarla a todo como un mago embellecedor.

La academia da esa receta.

Téngase bien en cuenta que el arte es un deseo de "transportar" lo que se ve, con el concepto de lo que se vió, en relación al grado de experiencia biológica, al medio de vida, alimentación, etcétera. El hombre-artista es un fenómeno tan natural como cualquier otro. Por lo tanto hay que tratar de cultivar ese "fenómeno" con prescindencia de todo molde establecido.

Es importante hacer culminar que la voluntad de hacer no puede dejársela para tal hora. Pero el error grave de la academia, en su mayoría de veces estriba en que se trabaja de noche a fin de aprender a hacer para "de día".

Yo les aconsejo a los alumnos de las academias de bellas artes ir a ellas para aprender, luego bajar a la naturaleza, la vida, al mundo visible, para desaprenderlo todo...

Así se harán artistas. Hartos estamos de ilustradores de revistas y de prosaicos melencólicos...

Yo sé del refrán árabe: "los perros ladran, la caravana pasa"...

Lastimosamente esta vez yo soy "los perros".

## LA ORIGINALIDAD

Ya se ha gastado aquello de que el arte es la realidad vista por un temperamento. Esta conclusión no me explica lo que es la originalidad, menos aun lo que es el arte. Es justo que declare, aunque relea al infinito esta conclusión, mi incapacidad exacta de comprenderla profundamente.

Podría sintetizar la originalidad. La originalidad es la realidad vista a través de una complejión orgánica e intelectual. El grado de originalidad se perfilará tanto o más según la personalidad idiosincrásica del artista.

Pero hay grados de originalidad, como hay grados de locura. La verdadera originalidad estará siempre en el valor intelectual, porque es la fuente precisa de toda obra. No hay originalidad en las manifestaciones emotivas, sino maneras de despertar las emociones. Eto es: Rodín ante la naturaleza concibió El Hombre de la Edad de Bronce. San Francisco de Assis hubiera prorrumpido en un llanto amoroso de "madre naturaleza", "hermano lobo", "hermano bestia" y otras incongruencias propias de su yo emotivo.

La originalidad del Assis es inferior a la del autor de "El Beso". Assis despertó una emoción común a los de su categoría religiosa, casi común a todos. Rodín unió una realidad, concordante a los conocimientos históricos, con la propia creencia de lo que hubiera sido el bruto primitivo cuando "despertó" intelectualmente ante el metal que se funde o el encuentro de una "ley natural".

El escultor francés batallaba por la veracidad, el fraile italiano buscaba un lugarzuelo para alabarle a Dios su admirable creación.

Uno es amor, el otro búsqueda. Aquel amor a todo por un desorden de la época — siglos XII y XIII — o desequilibrio de las funciones del sentimiento, por incapacidad sociológica de luchar. Assis tomó la naturaleza para volcarse, de acuerdo al concepto del amor. A Rodín la naturaleza no hizo más que encenderle todo el engranaje cerebral, corregirle errores, ampliarle el horizonte de las observaciones, asociarle ideas, etcétera, a un mismo tiempo. Hizo lo que no pensaba tal vez. El mérito está en que excogitó entre la maraña de lo

real. Quiere decir, lo objetivo primó. Sabemos que Rodin concibió El Hombre de la Edad de Bronce en un pasco muy de mañana, cuando la naturaleza se "prepara" al día nuevo. Imaginó el espectáculo!

Inmediatamente el Assis se halla conforme porque todo es de adentro para afuera. ¿Cuánto no habrá extrameditado Rodin, puesto que su caso es de afuera para adentro? ¿Habrá estado de acuerdo la emoción del momento con sus conocimientos de los tiempos primitivos, etcétera?...

De ahí la lucha: la búsqueda afanosa de la verdad interpretativa. Creéis vosotros que Rodin quiso ser original. No. Rodin no fué original, en el sentido de algunos muchachos que aquí hacen contorsiones para jasarlo por tal. Rodin fué original naturalmente, lógicamente, porque tuvo sus conceptos de la vida propios, y se preocupó de verla bien de acuerdo a su capacidad conceptiva. Era un hombre culto, inteligente, y no podía creer en la forma pura. Ni en los cánones de belleza; menos en las proporciones académicas. Ni jamás simpatizó con el fulminante fracaso de los siluetistas.

Assis era el verbo amar eternizado en las "cosas", Rodin un inconformable porque supo que toda la verdad no la podía tener dentro de su cuerpo.

A medida que tenía ideas superiores fué en crescendo su originalidad. La verdad histórica, en el momento que se la vive, no es patrimonio de los tontos ni del común, sino del estudio, del cotejo y de la imparcialidad.

El temperamento se hereda y eso es bastante para destruir la conclusión. La capacidad intelectual de observación están continuamente modificando el temperamento. Y el artista que no sea modificable no puede ser original, porque la originalidad es lo nuevo y lo nuevo es lo que hemos adquirido en nuestra experiencia individual. El temperamento es lo que hemos heredado y no nos pertenece sino como experiencia biológica.

Con lo pasado no podemos contruir el presente sin rozarnos en un vergonzoso renacimiento.

Lo criticable del realismo es precisamente que ellos hacen valer la realidad como "trozo". Pero todos los grandes artistas y todas las grandes obras fueron y son inmensas por la *concepción realista* que poseen.

#### EN TORNO A LA "DIVINA COMEDIA"

"La Divina Comedia — obra maestra de la poesía universal, al decir de Piazzì — fué desconocida por muchos siglos, porque la muchedumbre no llegaba a interpretarla. ¿Quién no conoce un pasaje de la Comedia? La ley del conjunto y del orden de las fuerzas naturales está visible hasta la evidencia desde sus primeras páginas. El desbordamiento, lo vasto, la profundidad de pensamiento de las tres fases de la historia del desenvolvimiento humano están ahí.

Hete un caso de sintetización. ¿Es posible en tres poemas hacer una historia crítica de las manifestaciones de los sentimientos, de los rencores y de las maldades?

Todo simbolismo que quiera apartarse de estas fuentes de riqueza humana no tendrá cabida entre los grandes. Es el simbolismo la simplificación de los argumentos. Mejor dicho, es algo convenido de antemano. Establecido de común acuerdo. ¿Admítelo la obra de Dante? El símbolo es la representación. La lingüística es ésto. Los geroglíficos con todos sus estados intermedios es el paso a esta manifestación.

Pero la misma síntesis de las cosas no existe. Sintetizar, quiere decir extraer del todo con limpieza tal o cual rasgo interesante. El simbolismo utiliza la asociación de ideas. Por ejemplo: un negro puede ser la noche que hable de sus misterios. Otro ejemplo magnífico es el "Gwynplaine" de Víctor Hugo.

La obra maestra escultórica de simplificación es "El Pensador" de Rodin. Lo es por la razón que el estatuario tomó todos esos rasgos que le interesaban. Es un instante, un estado de modulación especial de las fuerzas psicológicas.

Más adelante haremos las debidas objeciones.

Nosotros sabemos que mientras se ejecuta un acto psicológico se inhiben otros en parte, pero se ha de notar la influencia de dichos actos secundarios. Pues la labor del genial francés reside en la supresión de aquellos actos del laboratorio psíquico. A esta altura me explico el por qué se confunde — en "El Pensador" — un simbolismo que no tiene por la sintetización de un estado de alma, un estado prolongado de la vida racional. Piensa solamente.

No quier decir sintetizar decir con tres oraciones lo que matemáticamente estaba "bien" y "justamente" dicho con doce.

Dos objeciones bien hechas pueden formularse:

1°. Los actos secundarios, de una personalidad, tienen acción sobre la personalidad por la lógica de su misma existencia;

2°. No se concibe la sintetización porque una acción, un acto, etcétera, obedecen a leyes de conjunto, a otros actos, por lo tanto influye sobre el acto preponderante.

La sintetización no es total. Tiene sus grados.

Responderemos a las dos objeciones:

1°. El acto preponderante contiene en sí todos los actos secundarios, por la lógica de su misma posición de primera fila. Pues el nacimiento de ese acto capital es debido a causas que no son extrañas, o a lo menos habrán afectado las raíces de los actos secundarios trayéndolos en ayuda del acto esencial;

2a. Los expresionistas que creen sintetizar no hacen más que "suprimir". El mejor ejemplo es el paso de los expresionistas a los ultramodernos.

# LA RELIGION DEL PORVENIR

Los hombres siguen matándose por mil intereses creados; el balance del bien y del mal sigue arrojando un saldo favorable al mal y en el caos, la mente de los tímidos y los desorientados busca a Dios, y la tendencia es necesariamente antropomorfista por la influencia de las religiones actuales y hasta por herencia y costumbre. Esta idea de la existencia de un Dios (bueno por añadidura) es necesaria para el ignorante y hasta para el conjunto de los ignorantes. Mientras existan hombres cuya mentalidad no esté en condiciones de comprender los fenómenos universales, sin la intervención de lo divino esta divinidad es indispensable, constituirá el freno y la guía de los ignorantes.

La religión debe responder (aceptada en ese criterio) al grado de cultura del siglo, y puede decirse que en general ha seguido esa tendencia; hemos pasado de la idolatría a la religión un poco idealizada actual, pero esta misma ya no responde al grado de cultura media de la humanidad, sus conceptos se derrumban, como castillos de naipes, examinados a la luz de la ciencia. San Agustín, que quiso ser impuesto por la Iglesia como norma y base de todos los conocimientos humanos, hoy es sencillamente ridículo.

En ese camino la religión tendrá forzosamente que separarse de aquellos de sus principios que vayan siendo derrumbados por la ciencia, es decir, que se irá debilitando paulatinamente, cediendo terreno a la verdad y confundiendo por ende con la ciencia, deduciéndose de esto cuál será la religión del porvenir.

Dice Draper (Conflictos entre la Religión y la Ciencia. Cap. II): "Afirmaba que la tierra es una superficie plana sobre la cual se extiende el cielo como una bóveda, o, según nos

---

Todo lo que "El Pensador" sugiere a la inteligencia crítica es debido a que nadie "piensa solamente", "porque sí". Hay ideas accesorias... motivos determinantes.

"La Divina Comedia" es la obra maestra opuesta. Una serie de actos secundarios que se traen a colación para la demostración de la idea directriz, el alma del poema de Dante: la maldad, los errores y la bondad suma recompensada en Beatriz la luz de la sabiduría, la posibilidad del conocimiento del mundo.

La contextura dantesca son actos secundarios, son raíces que han formado las tres ideas esenciales. Entran en ellas como los pequeños arroyos al mar, perdiendo parte solamente de su individual belleza, para borrar en conjunto. Es la ley del torrente y las soberbias fuerzas de las revoluciones...

dice San Agustín, como si fuera una piel, en el que se mueven el Sol, la Luna y las estrellas para dar luz al hombre durante el día y la noche."

Lactancio dice refiriéndose también a la teoría de la redondez de la tierra: "¿Es posible que los hombres sigan en el absurdo de creer que las mieses y los árboles de el otro lado de la tierra cuelguen hacia abajo y que las personas tengan los pies más altos que la cabeza? Si les preguntáis con qué defienden esas monstruosidades, como las cosas no caen al otro lado de la tierra, responden que la neutralidad de las cosas es tal que los cuerpos pesados tienden hacia el centro como los rayos de una rueda, mientras que los cuerpos ligeros como las nubes, el humo, el fuego, tienden por todas partes del centro hacia los cielos. Ahora bien: no sé realmente qué decir de los que cayendo así en el error, perseveran en su locura y defienden un absurdo con otro."

¿Qué católico de la época hubiera sido capaz de rebatir los argumentos de esas autoridades religiosas? Y, sin embargo, ¿qué pensarían hoy día los mismos católicos del correligionario que se manifestara de acuerdo con esos absurdos?

Se me responderá, tal vez, que el hombre que se hubiera manifestado en aquella época en contra de San Agustín o Lactancio hubiera acabado probablemente sus días en la hoguera.

Cierto; pero eso mismo significa una concesión de la Iglesia y un triunfo de la razón sobre el oscurantismo de la misma, puesto que ya hace tiempo que podemos expresar esas ideas sin temor a la hoguera.

Meditad ahora sobre la enorme importancia de esa concesión forzada de la Iglesia y las que tendrá que hacer más adelante cuando la ciencia nos ilumine en lo que se refiere a las tres realidades intangibles de Ameghino: tiempo, espacio y movimiento y cuando de su última palabra sobre el origen de la materia y de la vida...

Aquí se me dirá que es grande mi optimismo y mi confianza en el porvenir de la ciencia, sobre todo cuando grandes pensadores llegan a la triste conclusión de que algunos de esos problemas son insolubles... Sin embargo creo en ella; la ciencia será el manantial de la felicidad y la concordia futuras.

Hago notar que uso la palabra *ciencia* en el más alto y amplio sentido de la palabra; no me limito a la ciencia de lo exacto. Queda el campo siempre libre en el terreno de la metafísica y la filosofía. Comprendo todo lo que se ha hecho hacia la verdad, ya en arte como en la ciencia del cálculo, dentro de ese solo vocablo: ciencia.

Tengamos fe; creamos, humanos, en nuestra religión del porvenir.

# Con 33 a la sombra o David Peña y su tigre

En verano, los que tenemos la dicha inefable de aspirar los aires sanos de Mar del Plata y también lo malsano de su ambiente, nos consuela el Balneario Municipal. Tomamos el tranvía Lacroze en la puerta de nuestra bohardilla; el hombre que lleva pendiente del cuello una correa, nos vende diez centavos de boleto; acomodados en los "amplios asientos" nuestra imaginación vuela hacia el recuerdo de las "galeras" de que nos hablaba nuestro abuelo. Después de trepidar durante una hora las ruedas sobre el riel, al bajarnos en el demorático paseo percibimos en el pantalón las consecuencias del roce sobre algún clavito del asiento. Damos vueltas y revueltas en el Balneario hasta que, cansados y hambrientos, comemos con veinte centavos un relleno de carne de perro adjunto a un pancito, acompañado del infaltable chop; sudorosos retornamos en el mismo vehículo, mientras en los labios del guarda asoma una sonrisa; mófase de los que fueron a tomar fresco y vuelven fatigados como salidos de un baño turco.

Cuando el azul se encapota y amenazando lluvia hay que cambiar de programa; como salvación para no derretirnos escribiendo, nos salva un estreno; a él vamos, con esperanza de poder despellejar a satisfacción a alguno que nos permita compensar minimalmente el tiempo robado al estudio.

"Un tigre del Chacho", anuncia el programa; un tigre donde hay tantos buitres y tiburones no deja ser una novedad, por lo menos el escalofrío que trae aparejada su presencia nos hará olvidar algo el rigor de los treinta y tres a la sombra.

Llegamos al teatro; primera grata sorpresa: la platea cuesta noventa y cinco centavos; quedan cinco para dar de limosna al hombre que servilmente nos acomoda.

La acción de la obra se desenvuelve en un medio salvaje, con lo que se nos hace más grata y como tercer argumento, para decidimos a entrar, el nombre del autor.

La mala nueva de los estrenos se repite también en éste; nunca acaba de subirse el telón; la empresa humanitaria, impidiendo que el público se restríe mucho, antes de comenzar la representación cierra los ventiladores. Finalmente llega el momento. Una casa en el Chaco que, francamente, es de envidiar; el patrón de "su casa", al decir del actor, un señor de quien el sastre puede estar orgulloso, y un indio brujo que sólo le falta un par de espuelas para pasar por gaucho; como caída del cielo, los angelitos le mandaron una pobre chica extraviada en una de los caminitos del Chaco, la que se asustó al rugido de las fieras, buscando asilo en lo de don Martín. Este, desde ese momento, es el hombre más feliz de la tierra; adivina que el bramido es el del tigre macho que anduvo procurando como loco sin conseguir darle caza. Pone a prueba una jaula de su invención; en un lado se coloca la carnada bien guar-

necida y en el otro caerá el inocente animalito al olor de la carne. ¿Por qué no patenta el invento su autor? La dama "amante del turismo" que "viajó en submarinos y aeroplanos", pero que se extravió en una avenida del Chaco, viste blusa de seda y rico breech; ella es la que exige como pago de amistad ser la carnada que atraerá al tigre; ¡ni en la tierra de los milagrosos blufs!; primero, vacilación de Martín; pero luego el sí; con una pequeña fiesta, muy pequeña por cierto, baja el telón.

Segundo cuadro: El instante supremo: la flamante jaulita, construída con leñitas; se despiden los dos, quedando Marta temblorosa dentro de la prisión voluntaria y Martín aguarda tras de un árbol; se apagan todas las luces, y en esto un hombre encapuchado abre la puerta de la jaula. Don Martín, que aguardaba al animal con la misma paciencia de quien espera el ómnibus, da una vueltita; ¡horror! ¡quién abrió la puerta!; apenas tiene tiempo para cerrarla cuando, al dirigir la mirada al cielo (tal vez esperase que también viniese el tigre de allí), un bulto le cae encima; el público se entera que es un tigre; yo también; los dos se traban en lucha romana; hácese la luz; él ligeramente herido; la bestia desapareció. Excusado es decir que tras del peligro vino la luna de miel para el hombrecito que "nunca amó y que jamás vió alma alguna de mujer que tuviera una envoltura tan preciosa".

Tercero y último cuadro ( a Dios gracias): El se ausenta hasta la madrugada por negocios; ella tiene malos presentimientos; pero aventurera como es, no sorprende que no lleve ningún arma consigo; se duerme como una nena en una hamaca; en eso aparece Jaime, el hombre encapotado, y ella se da cuenta que una vez en la "ciudad grande" le hizo una mala jugada; él se venga; pretende hacerla devorar por una serpiente, pero en el momento fatal llega Martín (quizás se olvidó los fósforos y por ellos volvía en su busca a los cinco minutos); se compenetra del instante y yerra el tiro, que mata a Marta. Jaime ayuda a bajar el telón, diciendo para sí: "las mujeres son como las serpientes: parecen que están dormidas pero muerden"; qué filósofo, eh?

En fin, trátase de algo abracadabrante, que sólo es concebido por un cerebro que siente los 33 a la sombra; el público que no pagó las localidades retribuyó como es natural con el aplauso la atención, obligando a salir a escena al autor, mientras los que como yo llegaron al sacrificio del peso, sudábamos tinta.

Es de recomendar al amigo del poeta granadino que cuando quiera escribir argumentando a 28 grados de latitud no piense en las fantasías cinematográficas de la tierra de los rascacielos, sino en la miseria espantosa que se halla enseñorada de todas las poblaciones bordeadas por el Teuco y Bermejo.

N. BONAMASSA.

# MARINETTI

## Comentarios al margen de su proxima visita

Marinetti, el hombre del futurismo, nos visitará.

Nos merecemos que después de tantas visitas estrambóticas, venga este hombre interesante.

Esperamos a Marinetti, con algún interés, porque nosotros, por principio, porque vivimos, queremos al futurismo.

¡Bien por la energía!; ¡bien por el desarrollo prodigioso del cerebro y la fuerza dinámica del artista!; ¡bien por la electricidad y la posesión del universo por los jóvenes forjadores de mundos nuevos!

“Queremos cantar el amor al peligro, el hábito de la energía y la temeridad”. “Es preciso que el hombre se desarrolle con calor, energía y prodigalidad para aumentar el fervor entusiasta de los elementos primordiales”. “Cantaremos a las grandes multitudes agitadas por el trabajo, el placer o la rebeldía; a las resacas multicolores y polifónicas de las revoluciones en las capitales modernas; a la vibración nocturna de los arsenales y las minas bajo sus violentas lunas eléctricas, a las glotonas estaciones que se tragan serpientes fumadoras; a las fábricas colgadas de las nubes por las maromas de sus humos; a los puentes como saltos de gimnastas tendidos sobre el diabólico cabrilear de los ríos bañados por el sol; a los paquebots aventureros humeando el horizonte; a las locomotoras de amplio petral que piafan por los rieles cual enormes caballos de acero embridados por largos tubos; y al vuelo resbaladizo de los aeroplanos, cuya hélice tiene chirridos de bandera y aplausos de multitud entusiasta.”

Aquí es donde Marinetti muestra su pasta de genio; hace pensar en el definitivo resurgimiento del orbe; conmueve a todos los hombres de buena voluntad; en sus manifiestos se ve a la belleza tomar proporciones inesperadas; la aplicación de todas nuestras fuerzas (sic) al arte nuevo y a la vida de la máquina, a su representación artística y a su dinamismo como una realidad del arte se vuelve una necesidad vital, una sed implacable y torturante... La juventud sedienta de orientaciones, enloquece poseída de la energía creadora, ve abrirse ante sus ojos dilatados por el asombro, el amplio horizonte de esta nueva verdad: “Destruir para construir mejor”.

“Destruir”, inundar las bibliotecas, quemar los museos, arrasar con los estorbos del pasado. La maldita perfección convencional de lo

pretérito es una cláusula leonina, una sofisticación malvada para trabar los saltos elásticos y el fervor entusiasta de los elementos primordiales. “Un automóvil de carrera que parece correr sobre metralla, es más hermoso que la *Victoria de Samotracia*”.

Romper los moldes (Barret: después de haberlos llenado) que son el foco infeccioso del anquilosamiento; matar para siempre el “claro de luna”; despreciar, odiar, destruir de una vez por todas, el amor anémico a la mujer, “búcaro de amor”, “bibelot trágico”, el amor a la madre, “rémora eterna para la atrvida creación del hombre futuro”; renunciar al corazón, el cáncer de la pasión y el sentimiento, hacer de él no más que el estómago del cerebro, el cerebro potente; un hombre todo cerebro, la humanidad un cerebro impulsado por el conjunto anatómico perfecto de sus bielas, pistones, cilindros; una maquinaria dependiente toda del cerebro, de la imaginación ardorosa y electrizada; todas las células resumiéndose en la plena obediencia de un cerebro todo luz, resplandor, centellante, apocalíptico, omnipotente, creador de creaciones, centro de pulsaciones del universo, foco capaz de encandilar el sol, de llevar la tierra fuera de su órbita y descarrilarla por las tangentes siderales de la eterna distancia; hacer de la vía láctea el gimnasio del hombre nuevo; con la estrella más lejana, soldada a la autógena a nuestro estandarte futurista, la señal hacia todos los caminos del porvenir.

¡Bien; bien por Marinetti!; ¡bien por el hombre-luz!; ¡bien por el relámpago enloquecido de infinito, la centella, el rayo, el meteoro, la chispa del futurismo!; ¡bien por la cópula estruendosa de horizontes omnidimensionales, de energías ultrasuperhipertrofiadas de electricidad, bengala de universos y sistemas planetarios de último modelo, universos eternamente cambiantes, chisporroteo de irradiaciones ilimitadas, crisol de mil mundos creadores de infinitos, refulgentes de maravillas!

Marinetti: ¡Gracias por el futurismo!

A raíz de las últimas cosas que han pasado en Italia, y teniendo en cuenta la personalidad de Marinetti, preñada de capciosidades, ocurre pensar en el desequilibrio y la necesidad; pero, como en principio y por muchos de sus detalles, el Futurismo ganó su crédito entre los artistas y los intelectuales nuevos, no está de

más aclarar conceptos y hacer un a modo de manifiesto, no anti-futurista, que por ser jóvenes no somos enemigos de la empresa y la conquista de nuevos mundos intelectuales, sino aclaratorio de nuestra situación ante Marinetti.

Marinetti, después de sus manifiestos y sus conferencias, hizo algunas concesiones.

Dijo, por ejemplo, (*Le Temps*, 14 de marzo de 1911), que no inundaría bibliotecas ni destruiría museos; que sus desplantes y sus gritos no eran más que para despertar al italiano adormecido, al que no podía hablársele con diplomacia ni con palabras dulces. Era necesario (para el italiano), ruido de tambores, toques de clarín; y agregó que en otros países no era menester tanto jaleo y aspaviento, pues en ellos la vida no depende tanto del pasado como en Italia, que vive de la renta de sus reliquias malolientes y de los turistas que las visitan.

Pero, a pesar de esto, dió a entender, hace pocos meses, que el pueblo italiano era el más despierto, el mejor dotado del mundo entero.

Marinetti, nacido en Alejandría por casualidad, es un hombre superlativamente italiano, por herencia y porque... sí. Es fanáticamente italiano. Por eso es fanáticamente futurista, y por eso el futurismo de Marinetti tiene sus taras propias de las ideas fanatizadas.

El, junto con buen número de sus prosélitos, estuvo en la última guerra contra los austriacos. Estos futuristas se batieron como buenos patriotas y algunos rindieron sus vidas como tales (D'Annunzio es un gran patriota) en la gran empresa del engrandecimiento de la Italia política; de la gran Italia, que, por su desgobernio y falta de carácter, goza, desde 1922, de la ditadura del fascismo.

Después de haber lanzado el Futurismo, Marinetti enfermó de su ansia de creaciones. Ideó reformas completas del idioma, la gramática y el lenguaje expresivo. Ensayó las combinaciones más peregrinas para que las cosas fuesen distintas de lo que habían sido. Se ocupó tanto del modo de decir las cosas, que muchas de ellas se le quedaron sin decir.

Quiriendo épatar a todo trance, perdió buena parte de su vida tramando novedades despampanantes, y, como todos los necios que quieren ver su nombre unido a lo que han hecho, puso bien altos sus privilegios y no perdió ocasión de aclarar que el *dadaísmo* (!) fué posterior al futurismo. Hizo polémicas y tuvo cuestiones tan ridículas que hacen pensar en el anquilosamiento y la fosilización de una idea fija, que en este caso, por extraño contraste, se llamaba futurismo; siguió haciendo cosas nuevas (superficialmente), plagiando a Whitman y a Verlaine, y ofreciendo a los

El arte, en los últimos tiempos, de tanto manosearlo y andarlo definiendo, se ha vuelto un galimatías difícil de entender.

Marinetti debió haberse quedado en la política a competir con Mussolini; pero, por un sentimiento petulante de oristoeracia intelectual, llevó especialmente sus energías al terreno del arte, al que, si bien en el primer momento dió una buena inyección vital, aportó después un mundo de confusiones y malos entendidos.

Los hombres geniales de verdad no dicen qué cosa hacen ni se entretienen explicando su mecanismo o creando escuelas antes de trabajar. Crean, y cuando el mundo quiere atender a ellos, se encuentra con que han modificado los medios de expresión, la técnica del arte, y el concepto mismo de la obra artística.

Unos dicen que el arte debe ser para el pueblo, otros que es un entretenimiento. Pero no es sólo arte lo que gusta al pueblo, ni lo es todo lo que entretiene.

Unos dicen que el arte es cerebración, otros que emoción. Pero hay cerebros fecundos, hay profundas emociones; los primeros artísticamente estériles y las segundas divorciadas en absoluto del arte.

El arte viejo, el arte nuevo...

¿Puede catequizarse el arte? ¿Quién dice que es viejo o nuevo?

El que pretende alcanzarlo con formas nuevas reniega de los viejos moldes, y el que no se sale de los dictámenes pretéritos, blasfema que lo nuevo es locura.

Equidistar ambos extremos es de acomodaticios y cobardes, pero el que atiende a uno de ellos y reniega del otro... ese pretende tener la verdad, ese cree haber alcanzado la suprema sabiduría, ese es un necio.

El arte no puede ser el fiel de una balanza porque es abstracto.

El tiempo sí; el tiempo es ecuánime y dispensador de justicia. Mientras los instantes no sumen su incorruptible justicia, el mundo no sabe cuál es la obra de arte, cuál es "la obra que arrojada desde lo alto de una montaña, llegará incólume al llano", después de haber chocado con las aristas de roca, después de haber sufrido todos los vértigos.

Aunque parezca sorprendente, hay una similitud desconcertante entre el proceder que aconseja Marinetti y el usado en todas las épocas por los jesuitas. En el siglo XV había un ejército de niños, protegido por la Santa Inquisición, que tenía como fin purificar museos y bibliotecas, expulgarlos del ateísmo y el arte pecaminoso.

Pero el objeto real era el que siempre han perseguido los jesuitas: impedir el desarrollo de la vida, el surgimiento de la verdad a la luz del sol, el imperio del progreso y de la inteligencia colectivos, porque la verdad ha sido siempre un peligro para la iglesia.

El mismo temor a la sombra de las montañas, el mismo odio a lo inimitable, se trasluce a poco profundizar, en el plan de futurismo de Marinetti.

Las comparaciones son inútiles y odiosas entre valores reales, y peligrosas para el oro falso.

Julio César prefería ser el primero en una provincia antes que el segundo en Roma.

Marinetti también; por todos los medios, prefiere ser el primero en el desequilibrio antes que el segundo en el equilibrio.

César llegó a ser el primero en Roma: iba derecho a lo que quería y sabía lo que quería.

Marinetti no sabe lo que quiere: hizo un malabarismo con el cerebro y miró despreciativamente el corazón; el corazón se le volvió canalla y ese corazón es el responsable de muchos de sus gritos desahogados.

No puede olvidarse impunemente el corazón; no puede renegarse de lo que no se entiende bien, con el solo fin de lanzar un cerebro desamparado por los desfiladeros del futuro, del mismo modo que un gran corazón no basta para ir hacia la verdad y la luz.

De igual manera que en Tolstoi se trasluce un desequilibrio cerebral al querer encerrar el arte en el estrecho círculo del pueblo, vemos en Marinetti un corazón que se esconde para lo grande, pero que muestra su debilidad para lo mezquino y lo enfermizo.

En la creación moderna del futurismo hay una mezcla psicológica especial. En medio de un alarde estruendoso de renunciación personal ante el peligro, en medio de esa pasión heroica por el vértigo creador, el paladín del futurismo hace entrever una pasión vieja como el mundo, la misma pasión que sintieron Azurbanipal, Filipo, Alejandro Magno, Pirro, Sila, Aníbal, Napoleón Bonaparte, Guillermo II, ¡Mussolini!

Para negar a Marinetti en su ideal político también nosotros echamos mano de un sentimiento que tiene profundas raíces en el pasado; el sentimiento que produjo su primera chispa con el primer esclavo que hubo en el mundo, que tuvo que ver con Moisés y el éxodo de Egipto, que sostuvo a Spartaco en su gran empresa de justicia, que inspiró a Jesús el Sermón de la Montaña, al pueblo inglés la leyenda de Robin Hood, a Rousseau el Contrato Social y Los Derechos del Hombre, a Voltaire el Diccionario Filosófico, a Danton, Robespierre y Marat el vértigo de la Revolución Francesa, a Ferrer la Escuela Moderna y a Lenin y Trotsky la Rusia de los Soviets.

El Super-Hombre de Nietzsche es bueno porque pide la evolución, la vida luminosa del hombre para llegar hasta él; porque pide superación, lucha, vida constructiva, desprecio a la humildad cobarde, a la renunciación claudicante, a la inercia asesina de voluntades;

porque acusa al cristianismo de traidor a los fuertes y a la justicia.

Y el futurismo de Marinetti también es bueno cuando canta el amor al peligro, a la energía y a la temeridad; cuando canta a la superación del hombre, cuando canta al progreso, a la electricidad y la rebeldía; cuando canta a las locomotoras y a la máquina propulsora del progreso. Así, ambas visiones son admiradas por nosotros.

Marinetti no es el primero que pone sus ideas en el trampolín del porvenir. Ya lo hicieron Copérnico, Galileo, Newton...

No es el primero a quien llaman loco injustamente. Ya lo fueron Leonardo, Wagner, Nietzsche.

Ni tampoco el primero que vislumbra el hombre nuevo. Por cierto que su cerebro en acción no es el mismo Super-Hombre de Nietzsche; odia a este último porque surge del polvo de los libros, de los cadáveres de Marte, Apolo y Baco; pero si lo odia no es porque sea diferente, sino muy parecido. Lo odia porque sería capaz de hacer palidecer la gloria de haber pensado en él. ¿De dónde salió el futurismo, sino del super-hombre, aderezado y corregido a piacere? ¿De dónde salió el Super-Hombre, sino del odio al cristianismo y al místico espíritu de la renunciación; de la rebeldía contra el pasado?

Al entrar en los detalles, al recorrer los manifiestos futuristas, allí es donde Marinetti da el tremendo paso, que él llamaría de gimnasta, de lo sublime a lo ridículo.

¿El futurismo lo ha vuelto loco?; "Loco", el inmenso placer de sentirse llamar "loco", eso es lo que encanta a Marinetti!

Si Marinetti, al descubrir el futurismo, ya gozaba con la idea de que lo llamaran "loco", ¿en qué se ha convertido Marinetti, que tanto cojea y tanta risa causa?

¿En qué se ha convertido, al incorporar a su futurismo aquello de que "la monarquía italiana, debe, ante todo, consolidar el orgullo nacional preparando la guerra", aquello de que "el amor a la mujer debía reemplazarse por el amor a la máquina"?

El futurismo es la mejor creación de los tiempos modernos, la nueva aurora del arte adormecido, amodorrado en el clasicismo, perdido entre las sombras del simbolismo y los decadentes; pero, el futurismo, por hacer zancadillas a los cometas, olvidó el otro mundo que no ha hecho aún la apología del "movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto peligroso, el puñetazo y la bofetada"; olvidó el otro mundo que no vive de frases sonoras, el otro mundo que palpita como un gran corazón, que tiene un corazón inmenso, un corazón tan grande como el inmenso cerebro del futurismo, un corazón imperioso, sediento de vida y de justicia, harto de guerras y de egoísmos.

Marinetti, que descubrió el futurismo, fué su primer traidor; Marinetti, que fecundó el futurismo, hizo de él un aborto, lo hizo nacer con una tara imperdonable: le negó el corazón, y aun al adjudicarle esa tremenda injusticia lo engañaba. Lo engañaba porque quiso valerse del extraviado corazón de los italianos patrioteros. Negó la intervención del corazón en su gran descubrimiento, y al mismo tiempo, echó gruesos leños a la hoguera ancestral del odio de nacionalidades; azizó al italiano contra el austriaco; pidió a un hombre que se lanzara rabioso, ebrio de futurismo, contra otro hombre colocado por el destino al borde de sus fronteras; incitó a un proletario del mundo contra otro proletario del mundo. Pidió a los artistas nuevos que saciaran su odio contra las obras maestras del pasado, dió incremento al odio de la impotencia contra las obras maestras, pidió a los artistas nuevos que destruyeran la *influencia morbosa* del pasado; pidió la destrucción de lo bueno de verdad, la destrucción de la obra del amor de otros hombres, para que no hicieran sombra a la obra problemática del futuro.

Porque Marinetti, a pesar de toda su cerebración genial, tenía dentro de sí un gran Mussolini petulante y malvado, un gran D'Annunzio de nuevo cuño, ramplón y ensorberbecido, un gran italiano patriotero y ancestral, un hombre mezquino y petulante, un cerebro muy vivo y un corazón muy pequeño, un corazón traicionero y ambicioso.

Dentro de Marinetti hay un gran traidor a la humanidad y el alma del mundo.

Marinetti vive del pasado.

¿Dónde están Paolo Buzzi, Gian Pietro Luchini, Palazzeschi, Cavacchioli, Govoni, Altomare, Folgore, Cardile, Boccioni, Carrá, Rusolo, Balla, Severini, Pratella, D'Alba, Mazza, Carroeri y Frontini?

Pocos de estos nombres no han muerto definitivamente.

¿Qué se ha hecho de los otros? ¿Fueron futuristas en tiempos pasados?

Marinetti; después de sus manifiestos y sus conferencias, después de sus insultos a los hombres *sensatos*, ¿qué ha hecho?; su vida, ¿es la de esos manifiestos? ¿Qué puede decirnos de su intervención en la guerra?

Después de la guerra; ¿puede compararse su obra a las de Henry Barbusse y Leonard Frank?

El futurismo de Marinetti, como factor de evolución social, es de un valor bien mezquino. No pretendemos que sólo sea obra buena la que tiende a revolucionar o modificar el aspecto social de los pueblos, sino que reconocemos a la intelectualidad una fuerza latente de educación de armonías nuevas y de conquistas espirituales, conquistas que bien pueden estar a mil leguas de representar, con el correr de muchos siglos, algún beneficio material para los pueblos del mundo.

Pidamos al futurismo de Marinetti, olvidando sus desplantes de reforma social, nada más que la realización de un arte nuevo. ¿Puede ser excluyente, como pretende? ¿Habrás, por eso, de quemarse los museos y bibliotecas? ¿Habrás dado el futurismo, o podrá darnos, algún día, frutos tan sazonados como las tragedias de Shakespeare, las andanzas del Quijote, los hechos y cosas del gran Pantagruel, las disquisiciones del abate Coignard, los espectáculos de la Comedia Humana y la epopeya realista de Emilio Zola?

¿Sabrá Marinetti qué se guarda en las bibliotecas y los museos?

En las bibliotecas se guardan libros que quizá él no ha leído nunca.

De muchos de esos libros parten algunas de las bellas enseñanzas que no faltan en el futurismo.

En algunas de esas bibliotecas que él desprecia, se guardan las memorias de Pasteur, de Roberto Koch.

En un museo se guardan los raros ejemplares paleontológicos, que, por rara paradoja, en su anquilosamiento y fosilización, han permitido, en la segunda mitad del siglo pasado, mediante la incorporación del *Pithecanthropus Erectus* desenterrado en Java, completar una serie de ejemplares que ha servido a la ciencia para hacer una de sus más grandes conquistas. Se ha llegado a conclusiones tan raras como la de explicar nuestra procedencia.

Marinetti, que lanza olímpicas miradas de desprecio a los museos y las bibliotecas, ¿sabrá qué es la ciencia?

Por encima de todas las cerebraciones y por encima de todos los contratiempos, nosotros creemos en la ciencia, en el arte clásico y en todas las innovaciones sanas; además tenemos la gran *corazonada* de que Rusia está sobre la huella de la verdad.

Aquí, en América, joven y poblada por hombres libres, queremos creer en la humanidad: amamos el arte, ya se llame futurismo o clasicismo, simbolismo o cubismo; amamos todo lo bueno; odiamos todas las capciosidades; y si tuviéramos alguna duda, siempre nos animará el deseo de querer a la humanidad que trabaja y que deja en la ruta el surco profundo de su genio y de su amor; nosotros estaremos siempre con Rusia y frente a frente de Mussolini y todos los canallas!

Precisamente porque somos hombres de pelea no queremos la guerra, y porque Marinetti, no sólo contemporiza con Mussolini, sino que lo considera un super-hombre, y es hombre de guerra él mismo, no lo necesitamos ni lo queremos.

J. SALAS SUBIRAT.



# UNA VISITA A BEETHOVEN

Episodio de la vida de un músico alemán

## II

¡Así, pues, por la sencilla razón de confundírseme con los turistas ingleses, yo no había podido ver satisfechos mis deseos! ¡Oh, mis presentimientos no eran del todo equivocados! Debía a ese inglés maldito la más amarga de las decepciones. Pero determiné inmediatamente cambiar de casa, pues era bien claro que todos los huéspedes de ese albergue, eran a la vista de Beethoven, otros tantos ingleses, y ese era el motivo de mi cruel exclusión. Sin embargo, la promesa del hotelero, de que iba a obtener una entrevista para mí, me impidió partir. El inglés, a quien yo detestaba ya con toda mi alma, no retrocedía, por su parte, ante ninguna intriga, ningún escrúpulo, con tal de obtener su objeto, a pesar de lo cual, se veía detenido por la rigurosa consigna. Todavía pasaron muchos días sin ningún resultado, y el producto de mis galops disminuía sensiblemente, cuando por fin mi hotelero me confió que había llegado la oportunidad de ver a Beethoven yendo al atardecer a cierta cervecería, donde él iba frecuentemente a la misma hora, dándome a la vez algunos detalles que me facilitarían reconocer al gran artista. Me sentí revivir, y resolví no dejar mi felicidad para el día siguiente. Era imposible alcanzar a Beethoven a su paso por la calle, pues él salía siempre de su casa por una puerta trasera. No me quedaba, pues, más que la cervecería; pero, ese día, lo busqué inútilmente, ocurriéndome lo mismo durante tres días consecutivos. Por fin, al cuarto día, cuando me dirigía de nuevo a la cervecería, noté con desesperación que el inglés me seguía sigilosamente de lejos. La mala suerte, siempre de su parte, le había hecho notar mis salidas a una hora determinada, cosa que le sorprendió, persuadiéndose de que, para proceder así, debía haber descubierto el secreto que daba acceso a Beethoven, habiéndose decidido entonces, a seguirme para aprovechar de mi descubrimiento. Todo esto, me lo declaró él mismo con ingénuo franqueza, terminando por declarar que me seguiría a todas partes. Protesté que el objeto de mis paseos era simplemente una modesta cervecería, demasiado modesta para merecer la visita de un "gentleman" tan distinguido; pero, fué inquebrantable en su resolución, y yo maldije mi triste destino. Traté de hacerle desistir con mis groserías, a las cuales no pareció dar ninguna importancia, pues se conformaba con sonreírme dulcemente. Su idea fija era ver a Beethoven, y se preocupaba poco de todo lo demás.

Efectivamente, ese mismo día, hube de gozar por primera vez a la vista del gran Beethoven. Nada puede describir mi arrobamiento, mi entusiasmo, a la vez que mi coraje, cuando, sentado al lado de mi "gentleman", vi avanzar al músico alemán, cuya presencia y maneras, respondían enteramente a la descripción hecha por el hotelero. Un talle elevado dibujándose

bajo una levita azul, sus cabellos grises despeinados, y los mismos rasgos, la misma expresión del rostro que desde mucho tiempo evocaba mi imaginación. Era imposible equivocarse; yo, lo había reconocido al primer golpe de vista. Avanzó hacia nosotros vivamente, aunque a pasos cortos. El respeto y la sorpresa engrillaba todos mis sentidos. El inglés no perdía uno solo de mis movimientos, y examinaba curiosamente al recién llegado, quien, después de retirarse al lugar más apartado del jardín, poco frecuentado a esa hora, se hizo traer una botella de vino, y permaneció en actitud pensativa, las manos apoyadas en la empuñadura del bastón. Mi corazón palpitando alborozado, me decía: ¡Helo ahí! Después de algunos minutos olvidé a mi vecino, y me puse a contemplar con miradas ávidas, con una emoción indefinible, a ese hombre de genio, que, con su poder, había revolucionado todas mis ideas, el cual me había enseñado a pensar y sentir. Involuntariamente, me puse a hablar por lo bajo, terminando mi soliloquio, con estas palabras bien significativas:

— ¡Beethoven! ¿Es a ti, pues, a quien estoy viendo?

Nada escapaba a mi inquisidor, y fuí súbitamente despertado de mi éxtasis por sus palabras confirmativas:

— "Yes", ese gentleman es Beethoven mismo. Venid conmigo, y le abordaremos juntos.

Lleno de ansiedad y despecho, así por el brazo al maldito inglés para retenerlo en su sitio.

— ¿Qué vais a hacer? — le dije. — ¿Queréis, pues, comprometeros, aquí, sin más ceremonias?...

— Pero, — replicó — esta es una excelente ocasión, que quizá no se nos volverá a presentar jamás.

Al mismo tiempo, extrajo de su bolsillo una especie de álbum, y se dirigió derechamente hacia el hombre de la levita azul. Exasperado, así nuevamente a ese insensato por los faldones de la levita, gritándole con todas mis fuerzas:

— ¿Tenéis, pues, el diablo en el cuerpo?

Este altercado despertó la atención del extraño. Pareció adivinar, con un sentimiento penoso, que él era el objeto del conflicto, y, apurándose a vaciar su vaso, se levantó para irse, pero el inglés, apenas apercibido de esto, hizo un esfuerzo violento por soltarse de mí, y, dejando uno de los faldones de su levita entre mis manos, se precipitó al paso de Beethoven. Este trató de evitarlo, pero el temerario inglés, no se lo permitió; le dirigió un elegante saludo, según la moda inglesa, y lo interpelló en estos términos:

— Tengo el honor de presentarme al muy ilustre compositor y muy honorable señor Beethoven.

(Continuará.)

Traducción de J. Salas Subirat.

# BIBLIOGRAFIA

## LIBROS BUENOS Y MALOS LIBROS

Cuatro pequeños libros son sometidos a nuestra consideración en esta quincena.

Cayafa Soca ha compuesto un volumen de acertadas críticas sociales con el título de "Pasajes de la vida". "Reflexiones de mi perro vigilante".

Siempre nos ha parecido que no está bien que los animales hagan crítica de la sociedad humana. Por eso no hemos seguido con mucha simpatía las disquisiciones de "Vigilante". Más nos hubiera agradado que fuese el propio autor el que nos dijese esas cosas y acaso porque las íbamos a entender mejor que en la media lengua que le hace hablar a su perro.

A Cayafa Soca le falta también sencillez y simplicidad para emitir sus ideas y por esto es que pierden en eficacia. El libro está lleno de frases pulidas y manoseadas; su perro se llama "Vigilante" y por ahí a un vigilante lo llama guardia civil.

Fortunato A. De Tomaso publica en un pequeño volumen, con el título de "Albor de Juventud", sus primeros versos.

Son los primeros versos de siempre, impregnados del alma candorosa de su autor.

¿Qué se podría decir de ellos que no fuera repetición de lo que se ha dicho siempre de un primer libro de versos?

Por lo pronto afirmaremos que un hombre que escribe tiene la preocupación de sí mismo, que es, al fin y al cabo, una noble inquietud.

L. C. Alvarez Alonso ha publicado en Dorrego un librito titulado *Casquijos*. Como en el libro de Cayafa Soca se hace crítica de la sociedad, pero este libro es inferior al editado por *La Paleta*. Hay aquí una superabundancia de términos criollos que abruma. Lo que en aquel molesta por relamido, en éste fastidia por chabacano. Las ideas son las que todo hombre sensato sustenta.

Finalmente, A. Muñoz ha publicado sus "Preludios". Muñoz es de Montevideo. Hay allí muy buenos poemas. Si Muñoz quiere alcanzar el respeto de la gente debe trabajar y estudiar incansablemente olvidando sus "Preludios".

Lo que uno ha hecho lo ha hecho y lo importante es lo que se va a hacer.

### PICCOLA BIBLIOTECA DELL' "ITALIA DEL POPOLO".

Con un folleto de Pedro Menni, titulado "El delito de Roma", "L'Italia del Popolo" inicia una biblioteca de difusión cultural que es digna de todo estímulo. Acaso sea ésta la mejor contestación al asalto de que fué objeto de parte de los "fascistas" que el dictador Mussolini ha enviado a nuestro país.

### ALBA SOCIALISTA

Este periódico de General Dorrego continúa en la brecha. Semanalmente machaca en la cabeza de los habitantes del lugar con una insistencia encomiable.

### NOSOTROS

El último número de esta revista trae para vergüenza de sus directores un artículo sobre el libro de Arturo Lagorio, a quien le hacen el caldo gordo para los premios municipales. Es lo que dijimos en el número anterior: Un gerente de compañía de seguros tiene siempre dinero que le sobra para pagarse el título de literato.

### LECTURAS

Ha mejorado su presentación esta revista guía del lector, que edita para difusión de sus libros la Editorial Tor.

### DANERIAS

E. M. S. Danero ha publicado un cuaderno literario. Es una macana.

### BRUJULA

En Rosario ha visto la luz esta revista, escrita por muchachos animosos deseosos de renovar y purificar el ambiente intelectual de dicha ciudad. ¡Enhorabuena!

### DIOGENES

Prosigue en su campaña cultural esta revista de La Plata. Ultimamente se ha dirigido a todos los escritores del país, solicitando sus obras con el objeto de estudiar la personalidad de cada uno en las páginas de un "Ideario Nuclear".

### DEL AMBIENTE, por D. Justus

Como primeros ensayos aceptamos los trabajos de Justus. Revela condiciones para ocuparse de los asuntos que trata, pero debe ajustarse más a la realidad y desdenar por completo las descripciones sentimentales.

### DEL PLATA AL ILLIMANI, por Florencio Mosquera Kelly.

En el próximo número haremos el comentario de esta obra que está llamando la atención por lo que en ella se dice de nuestros vecinos del altiplano.

La presentación que ha hecho el librero Gleizer es de las mejores. La carátula de Sirio es un bello acierto; falta por ver el contenido del libro, noticia del cual daremos en el próximo número.

### EL ABUELO, por Juan Comorera

Son muchos los autores que con su segundo libro destruyen todo el prestigio conseguido con el primero. Esto le va a suceder al autor de "La trágica ignorancia española". Entre los libros malos con que se ha iniciado el año literario de 1926, el de Comorera parece destinado a ocupar el primer puesto. No nos explicamos cómo puede haber escrito semejante libro un hombre que sabe escribir.

Vargas Marty, F. A. Dr.—El matrimonio, el divorcio y el adulterio .....	0.20	Voltaire.—La moral religiosa .....	0.20
Venette, Dr.—Pintura del amor conyugal .....	0.20	<b>TEATRO CONTEMPORANEO</b>	
Bleeh, Aimée.—Enseñanza teosófica .....	0.20	Alvarez Quintero, S. y J.—Cancionera ...	0.20
Sirlin, Lázaro Dr.—Estudios sexuales ...	0.20	Benavente, Jacinto.—La Malquerida ....	0.20
Gutiérrez Salazar, Luis.—La Esterilidad .....	0.20	Benavente, Jacinto.—Los ojos de los muertos .....	0.20
<b>LOS PENSADORES</b>			
Barbusse, Henri.—Fatalidad .....	0.20	Benavente, Jacinto.—Los intereses creados .....	0.20
Bonafoux, Luis.—Clericanallas .....	0.20	Villaespesa, Francisco.—La Leona de Castilla .....	0.20
Dario, Rubén.—Cabezas .....	0.20	Romero y Fernández Shaw.—Doña Francisquita .....	0.20
Gautier, Teófilo.—El vellocino de oro ...	0.20	<b>TEATRO NUEVO</b>	
Gorki, Máximo.—Lo que yo pienso del pueblo ruso .....	0.20	González Castillo, José.—Hermana mía ..	0.40
Gourmont, Remy de.—Una noche en el Luxemburgo .....	0.20	Pico, Pedro E., y Juan León Bengoa.—La grieta .....	0.40
Heine, Enrique.—Memorias .....	0.20	Defilippis Novoa, F.—Los caminos del mundo .....	0.20
Justo, J. B.—Estudios sobre la moneda ..	0.20	Bellán, José Pedro.—La Ronda del Hijo ..	0.20
Mariani, Mario.—Lágrimas de sangre ...	0.20	Samuel Eichelbaum.—La hermana terca ..	0.20
Mauclair, C. Nietzsche y D'Annunzio.—Wagner .....	0.20	<b>NOVELAS DE AVENTURAS</b>	
Muñoz, Escames.—Pasteur, su vida y su obra .....	0.20	Conan Doyle, A.—Un crimen misterioso ..	0.20
Ortega y Munilla, J.—Calandria, Rey de Morella .....	0.20	Poe, Edgar Allan.—Un viaje a la luna ..	0.20
Palacios, Alfredo L.—El Nuevo Derecho ..	0.20	Salgari, Emilio.—Los naufragos del Spitzberg .....	0.20
Poe, Edgar Allan.—La muerte roja .....	0.20	Verne, Julio.—Una internada en los hielos ..	0.20
Rousseau, Juan Jacobo.—Origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres .....	0.20	<b>LOS CONTEMPORANEOS</b>	
Spencer, Herbert.—El progreso .....	0.20	Solari, Juan Antonio.—Cosas y Tipos ...	0.40
Tolstoi, León.—Lo que debe hacerse (El destino de la ciencia y del arte) .....	0.20	Solari, Juan Antonio.—Cosas y Tipos (papel pluma) .....	1.—
Unamuno y Ganivet.—El porvenir de España .....	0.20	<b>LOS NUEVOS</b>	
Un tomo conteniendo: Soñadores, de Knut Hamsun; Generosidad de corazón, de Selma Langerlof; Los comediantes sin saberlo, de Honorato de Balzac; El spleen de París, de Carlos Baudelaire, y La muerte de Jesús, de Eç de Queiroz ..	1.—	Amorim, Enrique M.—Tangarupá .....	0.50
Un tomo conteniendo: Los espectros, de Leonidas Andreieff; Misas herejes y otras poesías, de Evaristo Carriego; Los simples y otros poemas, de Guerra Junqueiro; El misionero, de Almafuerte; Idilios y fantasmas, de Pío Baroja; Lillian, de Enrique Sienkiewicz, y Memorias, de Enrique Heine .....	1.—	Amorim, Enrique M.—Tangarupá .....	1.—
Un tomo conteniendo: Regalo de amante y Morada de Paz, de Rabindranath Tagore; La Humanidad del porvenir, de Enrique Lloria; Defensa de la Internacional, de Salmerón y Pi y Margall, y Rusia en las tinieblas, de H. J. Wells ..	0.30	Barletta, Leonidas.—Los Pobres .....	0.50
Vargas Vila.—Verbo de admonición y combate .....	0.20	Barletta, Leonidas.—Los Pobres .....	1.—
		Castelnuovo, Elías.—Malditos .....	1.—
		Castelnuovo, Elías.—Tinieblas .....	1.—
		Mariani, Roberto.—Cuentos de la Oficina ..	0.50
		Mariani, Roberto.—Cuentos de la Oficina ..	1.—
		Yunque, Alvaro.—Versos de la calle .....	1.—
		<b>CLASICOS DEL AMOR</b>	
		Florilegio del Amor (Lo que han dicho sobre el Amor los más grandes espíritus de la Humanidad) .....	0.30
		Mauclair, Camilo.—La magia del amor ..	0.30
		Morales San Martín, B.—Fidelidad conyugal .....	0.30
		Musset, Alfredo de.—Margot .....	0.30
		Nordau, Marx.—Cómo aman las mujeres ..	0.30
		Ovidio.—Arte de amar .....	0.30
		Rueda, Salvador.—La cópula .....	0.30
		Turgueneff, Iván.—Y así pasó el amor ..	0.30
		Valle Inclán, R. del.—Corte de amor ...	0.30
		Ingenieros, José.—Estudios sobre el amor ..	0.20

*Estas obras se venden en los kioscos, librerías y puestos de periódicos. Los pedidos a la Administración se remiten francos de porte.*

## **EDITORIAL CLARIDAD**

Dirección Postal: C. de Correo 736—Administración: Independencia 3531  
Buenos Aires

**QUILMES**

**CRISTAL**

**ES LA MEJOR CERVEZA**